REBECCA BÁEZ



ENTRE DOS FUEGOS

ENTRE DOS FUEGOS

Rebecca Báez

Copyright © 2025 Rebecca Báez

Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducido en ninguna forma ni medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotografías, grabación o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos que aparecen en este libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: **2504281602215**

Registrado el: **29/04/2025**

Instagram: @rebeccabaezlibros

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
Epílogo

1

Salamanca olía a casa, a recuerdos, a noches frías y mañanas soleadas. Ajusté la mochila en mi hombro y respiré hondo antes de cruzar la puerta. Habían pasado meses desde la última vez que estuve aquí, y aunque echaba de menos las calles empedradas, la plaza Mayor iluminada y el café caliente de media tarde, sabía que nada de eso me iba a preparar para lo que estaba a punto de ocurrir.

Y no me equivocaba.

—¡Mírala, si es la hija pródiga! —gritó mi hermano Dani desde el pasillo, abriendo los brazos como si esperara que me lanzara sobre él en un abrazo épico.

—Hola, idiota —resoplé, esquivándolo con una sonrisa mientras mi madre aparecía en escena, con una espátula en la mano y una mirada escrutadora.

—Estás más delgada. ¿Comes bien?

—Claro, mamá. Como una reina.

—Pues no se nota. Anda, deja la mochila y siéntate, que la cena está casi lista.

En cuestión de segundos, el caos familiar se desató. Mi abuela me observaba desde la otra punta de la mesa con esa mirada afilada que usaba cuando estaba a punto de lanzar una pregunta incómoda.

La verdad era que no había vuelto solo por nostalgia ni por las croquetas de mi abuela. Necesitaba aire. Llevaba meses sintiéndome perdida en mi trabajo en la agencia de viajes, y también, en Zamora. Quizá solo estuviera a menos de una hora en coche, pero lo suficientemente lejos como para sentirme desconectada de todo. Las reservas no subían, las metas no se cumplían, y mi jefa parecía haber olvidado que yo alguna vez fui la

promesa del equipo. Me pasaba los días vendiendo destinos paradisíacos que ya no me ilusionaban, mientras mis propias ganas se deshacían como pan viejo. Así que me di un tiempo. Un descanso indefinido que no supe bien cómo justificar, más allá del nudo que tenía en el pecho cada mañana al despertar. Mi familia, lejos de juzgarme, me recibió con los brazos abiertos y una frase repetida: "Quédate el tiempo que necesites, hija". Y eso estaba haciendo. Intentando recuperar el aliento.

—¿Y bien? ¿Alguna novedad en tu vida?

Suspiré. *"Aquí vamos."*

—¿A qué te refieres exactamente, abuela?

—Ya lo sabes. Trabajo, amoríos… algo que nos haga pensar que no estás desperdiciando tu vida.

Dani soltó una carcajada y se sirvió más vino.

—La verdadera pregunta aquí es: ¿sigues soltera o ha aprendido a usar Tinder de una vez por todas?

—¡Dani! —exclamó mi madre con fingida indignación.

—¿Qué? Es una duda legítima.

Me llevé una mano a la cara, entre divertida y agotada.

—Sí, sigo soltera. Y no, no uso Tinder.

—¿Por qué no? —insistió mi abuela—. Hoy en día es más fácil encontrar el amor en un móvil que en la calle.

—Eso es deprimente, abuela.

—Lo que es deprimente es que sigas sin traernos una novia a casa —soltó mi madre con total naturalidad.

Casi me atraganté con el agua.

—¿"Una" novia? ¿Desde cuándo das por hecho que serán varias?

—Cariño, no me hagas explicar cómo funciona el amor en estos tiempos modernos.

Dani se echó a reír y yo negué con la cabeza. No sé qué era peor, si las insinuaciones de mi madre, o las de la abuela.

La cena transcurrió entre bromas, chistes a mi costa y preguntas indiscretas que intenté esquivar con toda la dignidad posible. Cuando por fin terminó, sentí una necesidad urgente de escapar.

****

Y por eso, horas más tarde, estaba en un bar elegante del centro, girando un vaso entre mis dedos mientras mi amiga Laura charlaba con alguien en la barra. La música era suave, envolvente, el tipo de jazz que parece hecho para los silencios entre dos personas que no se conocen todavía. Yo no estaba buscando nada, pero tampoco estaba cerrada a la posibilidad de que algo, lo que fuera, me sacara de este limbo en el que llevaba semanas.

Fue entonces cuando la sentí.

Una especie de vibración leve, una presencia que alteró el aire a mi alrededor antes incluso de que la viera. Alcé la vista, y ahí estaba.

Alta. Impecable. Con un vestido negro que le abrazaba el cuerpo de una forma descarada y a la vez contenida, como si el atuendo mismo supiera el impacto que causaba y lo dosificara a propósito. Caminaba con decisión, pero sin prisa, como si supiera que todas las miradas estaban —estarían— sobre ella. Sus labios rojos se curvaron en una sonrisa apenas insinuada cuando notó que la miraba.

Tragué saliva.

—¿Te molesta si me siento aquí? —preguntó, señalando el taburete a mi lado con una voz que parecía un susurro educado y, al mismo tiempo, una orden suave.

—Es un bar, no mi casa —respondí, intentando sonar más casual de lo que me sentía. Porque la verdad era que mi cuerpo entero se había tensado como si me hubieran conectado a una corriente eléctrica suave pero constante.

—Entonces no te importará que te invite a una copa.

La forma en que lo dijo no dejaba espacio a negaciones, pero tampoco sonaba arrogante. Era... elegante. Dominante sin esfuerzo. Una mujer que sabía muy bien lo que hacía con cada palabra y cada pausa.

Levanté una ceja, más intrigada que a la defensiva.

—¿Siempre eres así de directa?

Ella ladeó la cabeza, observándome como si estuviera evaluando un detalle interesante de una obra de arte.

—No. Solo cuando alguien me interesa. Por cierto, soy Paula.

—Yo Ana.

Cuando nuestras manos se tocaron, un escalofrío me recorrió la espalda. Sus dedos eran firmes, cálidos, seguros. Y su mirada... bueno, su mirada era peligrosa. El tipo de mirada que te desarma sin pedir permiso.

Respondí a las siguientes preguntas como pude, jugando el mismo juego, fingiendo estar al nivel mientras por dentro intentaba descifrar si me estaba seduciendo o simplemente disfrutaba de una noche casual.

Cuando finalmente se despidió, lo hizo con una sonrisa leve y una frase que me dejó temblando:

—Nos veremos pronto, Ana. No me cabe duda.

Su número estaba grabado en mi móvil y algo extraño se removía en mi estómago. Algo entre vértigo, curiosidad y un deseo que no sabía dónde guardar. Ese aire fresco que tanto había necesitado después de dejar la agencia.

Poco después, Laura y yo acabamos en un bar diferente y en un ambiente completamente opuesto. Este era todo lo que el anterior no: ruidoso, vibrante, con luces de neón parpadeando como si quisieran hipnotizarte y una clientela con muchas más cervezas que copas de vino.

Yo aún seguía atrapada en el eco de Paula cuando, de repente, alguien chocó intencionalmente contra mí.

—¡Cuidado! —exclamé, girándome para protestar…

Y ahí estaba.

Ella era el polo opuesto a Paula. Vaqueros desgastados, una camiseta negra con el logo de Nirvana, y una cazadora de cuero que olía a rebeldía. La mirada oscura, viva, llena de esa picardía insolente que reconoces antes de que diga una palabra. Y cuando sonrió, supe que no había sido un accidente.

—Eh, cuidado, no vayas a caerte —dijo con una ceja arqueada y la voz cargada de burla.

—Sería así si no me hubieras empujado.

—Detalles sin importancia.

La miré con los brazos cruzados, en parte para establecer una barrera, en parte porque no sabía qué hacer con mis manos mientras ella me recorría con los ojos como si me estuviera midiendo para una tormenta.

—¿Disfrutas abordando así a la gente?

—Solo a la que me divierte ver perder la compostura.

—No estoy perdiendo la compostura.

Ella sonrió, despacio, como si le acabara de dar exactamente lo que quería.

—Eso es debatible.

Se acercó un poco más, no lo suficiente como para invadir mi espacio, pero sí como para que el aire entre nosotras se tensara. Le pedí su nombre por pura cortesía, aunque ya sabía que iba a recordarla igual.

Alba. Así, sin apellidos. Como una advertencia letal.

La conversación fue una especie de pulso entre las dos. Ella tiraba, yo resistía. Ella provocaba, yo fingía indiferencia. Y aun así, cuando nos separamos, me di cuenta de que había pasado una prueba. No sabía si la había aprobado o si simplemente había sobrevivido, pero salí del bar sintiéndome como si hubiera corrido una maratón emocional.

Laura me esperaba fuera con una expresión de pura burla en el rostro.

—¿Dos en una noche? Vaya, vaya.

Miré mi móvil. Efectivamente, tenía dos números nuevos. Dos energías completamente opuestas. Dos formas de descolocarme que no había visto venir.

Y un cerebro frito.

—Yo diría que no ha ido tan mal, ¿no? —murmuré.

Y no mentía. Lo que no sabía era la cantidad de problemas que eso iba a traerme.

2

El sol se filtraba a través de las cortinas con una crueldad innecesaria, clavándose en mis párpados cerrados y obligándome a despertar antes de lo que mi cuerpo consideraba razonable. Sentí la cabeza pesada, no por el alcohol —porque había bebido con moderación— sino por la resaca emocional de la noche anterior. Dos bares, dos mujeres, dos números guardados en mi móvil. Me removí en la cama, intentando asimilar la situación.

Con los ojos entrecerrados, estiré la mano y agarré el móvil de la mesita de noche. La pantalla iluminó la habitación con esa luz blanca que parecía diseñada para recordarte que llevabas demasiado tiempo sin mirar tu teléfono. Y ahí estaban. Dos mensajes.

El primero era de Paula:

Paula:

Buenos días, Ana. Espero que hayas dormido bien. Yo he soñado con la sonrisa que pusiste cuando te fuiste. Tengo que verla otra vez.

Me mordí el labio. Elegante, sutil, pero con una insinuación clara. Paula tenía esa forma de decir las cosas que te hacía sentir que estabas en un juego que ella llevaba años dominando.

Abrí el segundo mensaje. Alba.

Alba:
Dime que no te has levantado con resaca, porque sería muy decepcionante. Aunque si necesitas que te lleve un café, podría hacer una excepción. Pero solo porque anoche fuiste entretenida.

Rodé los ojos y sonreí. Alba era descarada, desafiante. Parecía que todo lo convertía en un reto, incluso la forma de hablar.

Antes de poder responder, la puerta de mi habitación se abrió de golpe y el huracán familiar entró sin previo aviso.

—¡Buenos días, dormilona! —canturreó mi madre, seguida muy de cerca por mi abuela y Dani, que traía una taza de café en la mano y una sonrisa sospechosa.

"¿Por qué habré vuelto a este infierno?"

—¿Qué está pasando aquí? —murmuré, tapándome con la sábana hasta la barbilla.

—Solo venimos a comprobar si sigues viva después de tu misteriosa noche fuera —respondió mi abuela, sentándose en la esquina de mi cama con demasiada naturalidad.

Dani se dejó caer en la silla del escritorio y tomó un sorbo de su café.

—Misteriosa, dice la abuela. Yo diría interesante. Porque, vamos a ver, Ana… llegaste tarde, estabas sonriendo como una tonta y ahora tienes cara de guardar demasiados secretos.

Mi madre se cruzó de brazos, con la expresión de quien huele un cotilleo a kilómetros.

—Y has revisado el móvil antes de saludar. Eso solo significa una cosa.

—Dios mío, qué agobio. —Me froté la cara, intentando despejarme, pero el interrogatorio ya estaba en marcha.

Ahora recuerdo porque en el instituto me decían que tenía una familia rarísima.

—Así que… ¿nos lo vas a contar o no? —preguntó Dani, apoyando el codo en su rodilla.

—No hay nada que contar —mentí descaradamente.

Mi abuela chasqueó la lengua.

—Eso es lo que dicen las personas que tienen algo que contar.

Bufé, agarrando la almohada para taparme la cara.

—Si os digo que no pasó nada, ¿me vais a dejar dormir?

—Depende —dijo mi madre—. ¿No pasó nada porque no quisiste… o porque no pudiste…?

Dani soltó una carcajada tan fuerte que casi derramó el café. Me incorporé de golpe, fulminándolos con la mirada.

—¿Se puede saber qué os pasa esta mañana?

—A nosotros nada. Tú eres la que llegó con cara de quien tiene historias jugosas y pretende no compartirlas —dijo mi abuela con absoluta tranquilidad—. Pero tranquila, no insistiremos… o al menos, no demasiado.

—Sois insoportables.

Mi madre me revolvió el pelo como cuando tenía diez años y se marchó, seguida de la abuela, que iba murmurando algo sobre que las nietas eran más interesantes cuando soltaban los detalles. Dani se quedó un poco más, observándome con una media sonrisa.

—Sea lo que sea en lo que te has metido… promete.

Lo vi salir de mi habitación y cerré los ojos un segundo.

"Sí, definitivamente esto promete", pensé para mí misma.

Cuando por fin me quedé sola, volví la vista al móvil. Dos mensajes, dos estilos completamente distintos. Uno sofisticado, el otro provocador. Sonreí para mí misma antes de empezar a teclear.

A Paula:

Yo:
He dormido bien, pero creo que aún no he terminado de procesar la noche de ayer. Aunque si verte otra vez me ayuda, no me opondré.

A Alba:

Yo:
¿Resaca? Por favor. Tengo más resistencia de lo que crees. Pero acepto el café… si eres capaz de traerlo sin derramarlo por el camino.

Envié ambos sin pensarlo demasiado. Quizá lo hice porque aún tenía sueño, quizá porque simplemente quería divertirme un poco. Lo que no me esperaba era lo rápido que Paula contestaría:

Paula:
¿Qué te parece una cena esta noche? Algo tranquilo. Un buen vino, una buena conversación. No acepto un no por respuesta.

Una cita. Tan directa como la noche anterior. Un pequeño cosquilleo me recorrió el estómago.

Yo:
No suelo decir que no a una buena conversación. A las nueve está bien.

Ni dos segundos después de enviar la confirmación, mi móvil vibró de nuevo, con otro mensaje de Alba:

Alba:
Voy a hacer algo mejor que un café. Vamos a tomarnos unas cervezas esta noche. A no ser que tengas miedo de salir dos noches seguidas.

Miré la pantalla con incredulidad.

¿Dos citas en una misma noche?

Mi dedo se movió por inercia antes de que mi cerebro pudiera procesarlo:

Yo:
¿Miedo? Para nada. Dime hora y lugar.

Envié el mensaje y me quedé mirando la pantalla, sintiendo el peligro justo después de haberme lanzado de cabeza a él.

Definitivamente, estaba en problemas. Pero, por alguna razón, no podía dejar de sonreír.

3

Pasé el día tratando de comportarme con normalidad, pero era imposible. Mi cabeza estaba dividida en dos direcciones opuestas, como si tuviera a un diablillo en un hombro y a otro diablillo en el otro, porque ninguna de las opciones que tenía frente a mí se sentía inocente como un ángel. Por un lado, la cita con Paula en un restaurante elegante, con su voz baja y seductora y sus palabras medidas. Por otro, la promesa de Alba de algo "más emocionante", lo que, viniendo de ella, podía significar cualquier cosa.

Traté de mantenerme ocupada, de distraerme con cualquier excusa, pero cada vez que mi mente se desviaba hacia la noche que me esperaba, sentía una punzada de emoción en el estómago. Y al parecer, mi estado no pasó desapercibido.

—Tienes una mirada… —sentenció mi abuela en el almuerzo, mientras removía su sopa con parsimonia.

Traté de poner cara de inocencia. Desde luego, el plan de tomarme un descanso del trabajo, iba a pasarme factura.

—¿Y qué tipo de mirada tengo según tú, abuela?

—Esa. La de alguien que le está dando demasiadas vueltas a algo que no quiere contar.

Mi madre levantó la vista con interés, como un radar activándose ante la posibilidad de que me fuera de la lengua.

—Pues ahora que lo dice la abuela… sí, tienes cara de esconder algo.

Dani, que masticaba un trozo de pan con toda la despreocupación del mundo, sonrió de lado.

—Seguro que es por lo que hizo anoche.

Rodé los ojos y negué con la cabeza.

—No hice nada.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que hizo algo malo —dijo la abuela, sin perder el ritmo.

Suspiré, fingiendo fastidio, pero por dentro me divertía la situación. Tenía treinta y cinco años, pero por una vez, era divertido sentirme como esa veinteañera que no tenía que pensar en algo más que citas y estudios. No es que fuera a confesarles que tenía dos citas en la misma noche, así que me limité a encogerme de hombros y seguir comiendo. Afortunadamente, la conversación pronto se desvió hacia otro tema y pude respirar con más tranquilidad.

Cuando llegó la noche, me paré frente al espejo y me observé con atención. Había elegido un vestido negro, sencillo pero favorecedor, con un escote discreto pero lo suficientemente interesante para que Paula notara que no me había puesto lo primero que encontré en el armario. Me solté el pelo y suspiré. No podía recordar la última vez que me había sentido así antes de una cita y me gustaba la sensación.

El restaurante era exactamente lo que esperaba de ella: elegante, con luces tenues y camareros que parecían haber sido entrenados en el arte de la discreción. La vi antes de que ella me viera a mí. Estaba sentada en una mesa cerca de la ventana, con una copa de vino en la mano y la otra apoyada en la barbilla. Se veía… impresionante. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, sonrió de esa manera en la que uno no sabe si está siendo bienvenido o desafiado.

—Puntual. Me gusta —dijo cuando me acerqué.

Me senté y le sostuve la mirada con una media sonrisa.

—No me gusta hacer esperar a alguien que sabe cómo elegir un buen vino.

Paula dejó su copa con calma y me observó con un brillo divertido en los ojos.

—Espero que eso no sea lo único que te guste de mí.

La química estaba ahí, flotando entre nosotras sin necesidad de grandes gestos. Hablamos de todo y de nada, de viajes, de libros, de restaurantes que valía la pena visitar. Paula tenía esa capacidad de hacer que una conversación trivial pareciera íntima, como si cada palabra estuviera cuidadosamente colocada en el lugar exacto para provocar una reacción.

En algún momento, nuestras manos se encontraron sobre la mesa. Fue casual, un roce ligero cuando ella tomó su copa y yo alcancé mi vaso de agua al mismo tiempo. Pero en lugar de apartarse de inmediato, Paula dejó sus dedos sobre los míos por un instante más de lo necesario. No mucho, solo lo justo para que mi piel se pusiera en alerta.

Levanté la vista y la encontré mirándome con esa intensidad suya, como si estuviera descifrando algo en mí que yo misma aún no comprendía.

—¿Siempre analizas tanto a las personas? —pregunté.

—Solo cuando estas me interesan —respondió, con esa facilidad desconcertante que hacía que mi cerebro se apagara durante un segundo.

Reí suavemente, pero no dije nada. No tenía nada que decir, en realidad. Me estaba dejando llevar, y lo sabía.

La cena avanzó con ese juego de idas y venidas, de insinuaciones veladas y sonrisas que decían más de lo que las palabras se atrevían a admitir. En algún momento, Paula inclinó la cabeza y dijo con naturalidad:

—Me gusta la forma en la que me miras cuando crees que no me doy cuenta.

Sentí el calor subir por mi cuello. Abrí la boca para responder, pero ninguna frase coherente acudió a mi rescate. Paula sonrió y tomó un sorbo de su vino como si acabara de ganar un punto en un juego que solo ella entendía.

Cuando la cena terminó, caminamos juntas hasta donde había aparcado mi coche. La noche estaba fresca, y el aire parecía más denso de lo habitual, cargado de algo que flotaba entre nosotras. Me apoyé contra la puerta y la miré.

—Ha sido una buena noche.

—La verdad es que sí —respondió Paula, acercándose un poco más.

El silencio que se instaló entonces fue el tipo de silencio que no pide ser roto. Paula levantó una mano y rozó con los dedos mi mejilla antes de inclinarse. Mi corazón se detuvo un segundo, anticipando un beso que no llegó. En su lugar, sus labios rozaron suavemente mi piel, apenas un contacto, pero suficiente para que se me acelerara la respiración.

—Nos vemos pronto, Ana —susurró contra mi oído, antes de separarse con esa elegancia suya y alejarse con paso tranquilo.

Me quedé inmóvil, sintiendo todavía el eco de su respiración en mi piel. Subí al coche y apoyé la cabeza en el volante por un segundo, tratando de recuperar el aliento.

Fue entonces cuando el móvil vibró en mi bolso.

Lo saqué, aún con la mente dispersa, y vi el mensaje en la pantalla. Alba:

Alba:
¿Lista para algo más emocionante que una cena elegante?

4

Me reí para mí misma. Me quedé unos segundos mirando la pantalla, con el eco de la despedida de Paula aun danzando en mi cabeza. Lo sensato sería ir a casa, procesar lo que había ocurrido, dormir. Pero lo sensato no tenía ninguna oportunidad contra la mezcla de adrenalina y curiosidad que me recorría el cuerpo.

Yo:
¿Dónde nos vemos?

Fue un mensaje rápido que Alba no tardó ni un minuto en responder.

Alba:
Te paso la ubicación. No tardes.

El mensaje tenía algo de reto, de orden disfrazada de invitación. Suspiré, encendí el motor del coche y puse la dirección en el GPS.

El bar no podía ser más distinto al restaurante en el que había estado con Paula. Aquí no había manteles de lino ni velas estratégicamente colocadas, sino paredes llenas de carteles de conciertos, luces de neón parpadeantes y una banda tocando en vivo lo suficientemente fuerte como para hacer vibrar el suelo. Lo alternativo en su máxima expresión.

Alba estaba apoyada en la barra cuando me vio entrar, con una cerveza en la mano y una sonrisa de satisfacción que me hizo sentir como si acabara de ganar una apuesta. Se acercó sin prisa, con esa confianza suya que parecía natural, como si el mundo entero estuviera diseñado para moverse a su ritmo.

—Vaya, no pensé que fueras a venir de verdad.

—¿Por qué? ¿Esperabas que te dejara plantada?

—No lo sé. Las chicas elegantes suelen necesitar más de una noche para descontrolarse.

—¿Y quién ha dicho que yo me vaya a descontrolar?

Alba ladeó la cabeza y me estudió por un segundo, luego se inclinó lo suficiente para que su voz solo fuera audible para mí.

—Dame media hora.

Tuve que reír. No porque dudara de su capacidad para ponerme a prueba, sino porque su seguridad era tan descarada que resultaba hasta atractiva. Pedí una cerveza y me giré hacia ella, apoyando un codo en la barra.

—¿Y qué has planeado para impresionarme?

—¿Impresionarte? —se llevó la mano al pecho, fingiendo sorpresa—. Qué presión. Yo solo pensaba divertirme.

El "divertirse" de Alba resultó ser un cóctel de provocaciones, cercanía peligrosa y un humor irreverente que me hacía reír más de lo que esperaba. Mientras con Paula todo había sido tensión contenida, pausas medidas y una elegancia casi calculada, con Alba era todo lo contrario: inmediato, impulsivo, excitante. No había sutilezas ni juegos mentales silenciosos, solo una atracción que flotaba en el aire sin necesidad de disimularla.

En un momento, Alba entrecerró los ojos como si estuviera evaluándome y luego sonrió con una chispa traviesa.

—¿Sabes jugar al billar?

—Lo suficiente para no hacer el ridículo.

—Eso suena a que no sabes.

—Eso suena a que quieres perder.

—Suena a que quiero verte intentarlo.

Me tomó de la muñeca y me arrastró hasta la mesa de billar sin darme tiempo a replicar. Cogió un taco y lo giró entre sus manos antes de alargarlo hacia mí.

—Demuéstramelo.

Tomé el taco con confianza fingida y me incliné para hacer mi primer tiro, pero en cuanto me coloqué, sentí a Alba acercarse por detrás y su pecho rozando mi espalda.

—Estás apuntando mal —murmuró en mi oído.

Tragué saliva.

—¿Ah, sí?

—Mmm. Deja que te ayude.

No me moví. Ella tampoco. Pero su mano se deslizó lentamente por mi brazo hasta mi muñeca, guiando mi sujeción con calma, con una excusa perfectamente calculada. Su aliento cálido chocó contra mi cuello cuando inclinó la cabeza apenas un poco más cerca.

—Así está mejor.

Me desconcentré completamente. Cuando intenté hacer el tiro, la bola apenas avanzó unos centímetros, y Alba se echó a reír, apoyando la cadera contra la mesa con una expresión de triunfo absoluto.

—Madre mía, Ana… —suspiró, divertida—. Y yo que pensaba que ibas a dar pelea.

Fruncí los labios y la miré con fingida indignación.

—Me has distraído.

—¿Yo? —puso cara de inocencia exagerada—. Yo solo estaba ayudando.

Sacudí la cabeza y le di un empujón en el hombro, haciéndola reír más fuerte. El resto de la partida fue un desastre para mí, porque Alba encontró mil maneras de acercarse, de rozarme la espalda con su brazo al pasar, de inclinarse sobre la mesa con descaro, de susurrar cosas que me hacían perder el hilo de lo que estaba haciendo. Para cuando terminó, yo había perdido de forma humillante y ella se veía más que satisfecha con el resultado.

—Bueno, no eres buena en el billar, pero al menos eres divertida —comentó, dándole el último sorbo a su cerveza.

—Tu concepto de “divertida” es bastante retorcido.

—Lo sé. Pero a ti te gusta.

Abrí la boca para protestar, pero ella simplemente sonrió con suficiencia y me hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera hasta la salida. La noche se había enfriado, pero yo tenía el cuerpo demasiado alterado cómo para sentirlo.

Alba se detuvo junto a su moto y se giró hacia mí.

—Ha sido entretenido.

—Sí.

La vi inclinarse hacia mí y, por un segundo, pensé que iba a besarme. Pero en su lugar, dejó un beso en mi mejilla, justo en la comisura de mis labios, lo suficientemente cerca como para dejarme con ganas de más. Iba a despedirme cuando, antes de separarse, sentí un pequeño tirón en mi oreja.

Un suave mordisco.

Mi piel se erizó y mi corazón se detuvo un segundo.

—Nos vemos, bonita —murmuró, antes de subirse a su moto y alejarse, dejándome ahí, congelada entre la sorpresa y el deseo de más.

Cuando llegué a casa, me dejé caer en la cama con el corazón todavía acelerado. Respiré hondo tratando de procesar todo lo que había sentido en una sola noche. No llevaba ni dos días en Salamanca y ya me encontraba en un torbellino de emociones que no sabía si iba a poder controlar.

El móvil vibró en mi bolsillo. Lo saqué con un presentimiento extraño, y cuando vi la pantalla, me di cuenta de que no me equivocaba.

Dos mensajes. Uno de Paula. Otro de Alba.

Ambas querían volver a verme.

Cerré los ojos y me llevé una mano a la frente.

¿En qué lío me estaba metiendo?

5

Desperté con la cabeza hecha un lío. No solo por el sueño ligero o la falta de descanso, sino porque cada maldito detalle de las últimas veinticuatro horas seguía dando vueltas en mi mente. La elegancia contenida de Paula, su manera de medir cada palabra, el roce apenas perceptible de sus labios en mi mejilla. Y luego, Alba, con su descaro, su risa fácil y ese mordisco que aún me hacía estremecer cuando lo recordaba.

Me quedé mirando el techo por un largo rato intentando convencerme de que la situación no era tan grave. Que solo estaba conociendo a dos personas interesantes. Que no había nada malo en eso. Pero una parte de mí sabía que la cosa no era tan simple.

Con un suspiro, me levanté y bajé a la cocina. El olor a café y pan tostado me recibió, junto con las miradas sospechosas de mi familia. Bueno, en realidad solo de mi madre y mi abuela. Dani estaba demasiado ocupado untando una cantidad exagerada de mermelada en su tostada. Se notaba que nos llevábamos catorce años.

—Buenos días —murmuré, sentándome y sirviéndome café, fingiendo normalidad.

—Buenos serán para mí —respondió mi abuela, mirándome por encima de sus gafas de lectura—. Tú tienes cara de estar metida en problemas.

Casi escupo el café.

Mi madre giró la cabeza con interés inmediato, como si el comentario de la abuela hubiera confirmado algo que llevaba sospechando desde hacía unos días.

—Ahora que lo dices… —añadió, inclinándose ligeramente hacia mí —. Has estado demasiado pensativa. Y eso solo puede significar dos cosas:

o tienes preocupaciones serias, o hay alguien que te tiene la cabeza en otra parte.

—O “alguienes” —soltó Dani con una sonrisa burlona.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Qué estás insinuando?

—Nada, nada —respondió, fingiendo inocencia—. Solo digo que Salamanca no es tan grande. Y aquí, las cosas se saben rápido. Sobre todo, cuando tenemos conocidos en común.

—¿De qué hablas?

—Nada en particular. Solo que, si sigues paseándote con dos chicas diferentes en dos noches seguidas, la gente va a empezar a hablar.

Sentí como un escalofrío me recorría la espalda. No porque me preocupara lo que pensaran los demás, sino porque el comentario me hizo tomar conciencia de la situación en la que me estaba metiendo.

—No tengo ni idea de qué hablas, enano —solté, bebiendo un sorbo de café con toda la indiferencia que pude reunir.

—Claro que no —dijo él con una sonrisita y volvió a concentrarse en su desayuno.

Intenté ignorarlo, pero sus palabras se quedaron ahí, dando vueltas en mi cabeza.

Decidí que necesitaba despejarme y le envié un mensaje a Paula:

Yo:
¿Café al mediodía? Necesito una excusa para salir de casa.

Su respuesta no tardó en llegar:

Paula:
Puedo ser tu excusa favorita tantas veces como quieras.

Sonreí. Con Paula todo tenía ese matiz de flirteo sutil, de algo que se cocinaba a fuego lento. Y a mí me gustaba esa sensación.

Nos encontramos en una cafetería tranquila, con grandes ventanales y un aroma a café recién molido que lo llenaba todo. Paula ya estaba ahí cuando llegué, con un libro abierto frente a ella y una taza entre las manos. Me recibió con una sonrisa y un gesto para que me sentara.

—Siempre llegas antes que yo —comenté, dejando mi bolso en la silla.

—Me gusta ser yo la que vea llegar a mi cita —respondió con un destello en los ojos—. Y me encanta verte aparecer y cómo sonríes cuando tu mirada se encuentra con la mía.

Pedí mi café y nos sumergimos en una conversación ligera. A diferencia de la cena anterior, esto tenía un aire más relajado, aunque la intensidad en su mirada seguía ahí, acechante, como si no necesitara decir mucho para hacerme sentir atrapada en su órbita. Yo le conté que me había tomado un tiempo de descanso en el trabajo, que estaba cansada de tener que pensar en contratos, y que aunque vivía a media hora de Salamanca, me venía bien estar algo lejos de una familia que era muy particular. Mi madre me había tenido joven, igual que la suya, y digamos que nos tratábamos más como primos cercanos —o un grupo de amigos que amaban el cotilleo — que como lo que verdaderamente éramos.

En algún momento, mientras hablábamos de un viaje que había hecho a Italia, tomó mi mano con naturalidad y empezó a acariciar mis dedos con el pulgar. No fue un gesto evidente ni premeditado, sino algo casi distraído, como si fuera lo más natural del mundo.

Y, aun así, sentí que me derretía.

—Florencia es preciosa —decía, mientras mi cerebro apenas registraba sus palabras porque toda mi atención estaba puesta en su tacto—. Es una ciudad para perderse sin preocupaciones. ¿Te ha pasado alguna vez?

—¿El qué? —parpadeé, con la voz más baja de lo normal.

Paula sonrió apenas.

—Perderte sin preocupaciones.

La manera en que lo dijo, la forma en que sus ojos se quedaron fijos en los míos, hizo que algo dentro de mí se agitara. Iba a responder cuando mi móvil vibró sobre la mesa, con un mensaje de Alba.

Alba:
Espero que no estés demasiado ocupada, porque en diez minutos te paso a buscar.

Tragué saliva y, por primera vez en la conversación, aparté la vista de Paula. Cogí el móvil intentando mantener la compostura, pero Paula notó el cambio.

—¿Va todo bien?

—Sí —mentí, bloqueando la pantalla—. Nada importante, es que me he tomado un descanso del trabajo y ya sabes, cuando eres buena no saben cómo seguir sin ti.

Me miró por un segundo más de lo necesario, como si estuviera analizando mi respuesta. No dijo nada, pero la forma en que la intensidad de su mirada se afiló me hizo sentir descubierta.

Pagamos la cuenta y salimos a la calle. Paula se detuvo antes de despedirse, inclinando la cabeza apenas un poco, como si estuviera decidiendo algo.

—Nos veremos pronto, ¿no?

Mi sonrisa fue algo más nerviosa de lo que esperaba. También mi respuesta.

—Sí, claro.

Se despidió con un roce suave en mi muñeca, casi como si no quisiera romper el contacto de inmediato. Me quedé viéndola alejarse, sintiendo un nudo en el estómago que no tenía claro si era culpa de la atracción o del lío en el que me estaba metiendo.

Antes de que pudiera ordenar mis pensamientos, el móvil volvió a vibrar en mi mano. Esta vez, era una llamada.

Respiré hondo antes de contestar.

—¿Sí?

—Estoy cerca de tu casa —dijo con su tono despreocupado—. No tardaré mucho en llegar.

Me mordí el labio. Había pasado de una cita intensa a otra sin apenas margen para respirar, pero en lugar de hacer lo sensato y decir que no, me escuché a mí misma responder:

—No estoy en casa. Te mando la ubicación.

Colgué y solté una carcajada nerviosa cuando ella respondió mi mensaje con un emoticón.

Definitivamente, estaba jugando con fuego. Y el que juega, al final se quema.

6

Todavía tenía el pulso acelerado cuando escuché el rugido del motor en la calle. Apenas había tenido tiempo de procesar mi café con Paula y ya estaba a punto de subirme a una moto con Alba. Yo me encontraba parada de pie en la acera, así que en cuanto aparcó, lo único que tuve que hacer fue acercarme y chocar de lleno con esa sonrisa suya que parecía prometer problemas.

—¿Preparada para un poco de diversión?

Crucé los brazos y la miré con escepticismo.

—¿Es obligatorio responder que sí?

—Totalmente.

Me tendió un casco sin darme opción a replicar. Lo tomé con una mezcla de resignación y emoción. No era como si no supiera en lo que me estaba metiendo, cada vez que estaba con Alba tenía la sensación de que me arrastraba a algo que no podía controlar.

—¿Dónde vamos?

—Sorpresa.

—No soy fan de las sorpresas.

—Pero aquí estás, dispuesta a subirte a mi moto.

Chasqueé la lengua, me coloqué el casco y me subí detrás de ella. Apenas me acomodé, Alba tomó mis manos y las colocó alrededor de su cintura sin ninguna delicadeza.

—Agárrate fuerte, no quiero perderte por el camino.

Rodé los ojos, pero lo hice. La sensación de su cuerpo contra el mío, el calor de su espalda contra mi pecho y el sonido del motor rugiendo bajo

nosotras hicieron que mi estómago se contrajera de una forma inesperada.

El trayecto duró más de lo que esperaba. Salimos de la ciudad y tomamos una carretera secundaria que ascendía por una colina. El aire nocturno se sentía más frío cuanto más nos alejábamos del centro, pero la adrenalina me mantenía caliente. Cuando finalmente Alba se detuvo y apagó la moto, me quité el casco y miré a mi alrededor.

Era un mirador. Y no cualquier mirador. Desde ahí se veía Salamanca en toda su extensión, con las luces titilando en la distancia como un puñado de estrellas esparcidas sobre el suelo. El río brillaba bajo la luna, y en el horizonte, la catedral se alzaba iluminada con ese tono dorado que siempre la hacía parecer sacada de otro tiempo.

—Wow… —murmuré sin poder evitarlo.

—Sabía que te gustaría —dijo Alba, bajando de la moto con una sonrisa satisfecha.

Me crucé de brazos, fingiendo indiferencia.

—Podrías haberme avisado que íbamos a salir de la ciudad.

—¿Y arruinar la sorpresa? Ni loca.

Negué con la cabeza, pero sonreí. Me sentía extrañamente cómoda con ella, aunque su manera de hacer las cosas fuera completamente opuesta a la mía. Alba sacó un par de cervezas de la mochila que llevaba en la moto y me tendió una.

—Venga, brindo por ti, la chica imprudente que se sube a una moto sin saber adónde la llevan.

Le di un leve empujón en el hombro, pero choqué mi lata con la suya antes de darle un sorbo. Nos sentamos en el borde de una pequeña valla de piedra, con las piernas colgando y el viento moviendo nuestro cabello. La conversación fue ligera al principio: chistes, anécdotas tontas, comentarios sobre la ciudad. Pero Alba tenía la costumbre de deslizar indirectas entre frases inocentes, pequeñas provocaciones que me pillaban con la guardia baja y que para qué mentir, me gustaban.

—Así que… ¿quién te gusta más?

Me atraganté con la cerveza.

—¿Qué?

—Nada, nada… —se encogió de hombros, fingiendo desinterés—. Solo digo que ayer te vi muy entretenida con alguien. Y ahora estás aquí conmigo. Lo lógico es que existan las comparaciones.

La miré con los ojos entrecerrados.

—No sé de qué hablas.

—Claro que sí —dijo con una sonrisa felina—. Y te pones nerviosa cuando te miro así.

—No me pongo nerviosa.

Alba inclinó la cabeza y me miró con intensidad.

—Demuéstralo.

Abrí la boca para responder, pero en ese momento se inclinó un poco más hacia mí, reduciendo el espacio entre nosotras. Su mirada bajó fugazmente hasta mis labios antes de volver a mis ojos.

—¿Segura de que no te pongo nerviosa? —susurró, deslizando un mechón de pelo detrás de mi oreja.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. No podía apartar la mirada de sus labios. Era como si mi cerebro hubiera dejado de funcionar por completo.

Y justo cuando estaba convencida de que iba a besarme, se apartó con una sonrisa traviesa y dio un último trago a su cerveza.

—Vamos, te llevo a casa.

Tardé un segundo en procesarlo.

—¿Qué?

—He dicho que te llevo a casa. Se hace tarde.

Me quedé mirándola, confundida y frustrada al mismo tiempo. Ella solo sonreía, completamente consciente del efecto que tenía en mí. Me puse de pie con un suspiro y me crucé de brazos.

—Eres insoportable.

—Gracias, lo sé.

De vuelta en la moto, el camino a casa se sintió diferente. Menos como una aventura y más como una trampa en la que había caído sin darme cuenta. No podía dejar de preguntarme si había estado jugando conmigo toda la noche o si simplemente le gustaba mantenerme en ese estado de incertidumbre.

Cuando llegué a casa y me dejé caer en la cama, revisé el móvil por costumbre. Y ahí estaba.

Un mensaje de Paula.

Paula:
Mañana tengo una sorpresa para ti.

Y me quedé mirando la pantalla, sintiendo que cada vez me hundía más en este juego peligroso.

7

Pasé la mañana siguiente en un estado de desconcentración absoluta. Intenté leer, intenté ver una serie, incluso intenté ayudar a mi madre en la cocina —lo que fue un desastre anunciado— pero mi mente no dejaba de divagar entre Alba y Paula. Dos fuerzas opuestas tirando de mí en direcciones completamente distintas.

La diferencia entre ambas era tan marcada que casi parecía absurda. Con Paula, todo era elegancia y provocación contenida, como si cada palabra y cada gesto estuvieran cuidadosamente medidos para desarmarme sin que me diera cuenta. Con Alba, en cambio, todo era descarado, impulsivo, una descarga eléctrica que me hacía reír y temblar en la misma medida.

No me sorprendió que mi abuela me estuviera observando con su habitual mirada mientras yo removía el café que me había preparado después de comer sin ningún propósito real. Lo que sí me sorprendió fue lo directo que fue su comentario.

—Tu hermano dice que estás enredada con dos mujeres, ¿es verdad?

Me atraganté de inmediato y solté una tos torpe mientras mi madre me miraba con curiosidad desde el otro extremo de la cocina. Mi abuela, sin inmutarse, simplemente se llevó la taza a los labios con una sonrisita de satisfacción.

—¿Qué… qué dices? —balbuceé, intentando recuperar la compostura —. Dani no tiene ni idea.

—Ay, niña, llevo más años en este mundo de los que te gustaría admitir. Sé reconocer esa cara. Es la de alguien que no sabe si va o viene, pero que, sin duda, está disfrutando del viaje.

Sentí cómo el calor me subía a las mejillas.

—Yo no estoy… enredada con nadie.

—No te preocupes, no te voy a juzgar —respondió con tranquilidad —. Solo te diré que disfrutes, pero no juegues demasiado con eso, o acabarás quemándote.

Me quedé sin palabras. Mi abuela siempre tenía una especie de sexto sentido para leerme como un libro abierto, pero aquello ya era demasiado. No pude hacer otra cosa que beber mi café en silencio y esperar que la conversación terminara pronto.

****

Cuando llegó la tarde, mi atención cambió por completo. Era la hora de la "sorpresa" de Paula, y aunque no sabía qué esperar, algo me decía que no sería algo simple.

Cuando la vi, lo confirmé.

Paula estaba apoyada contra su coche con la misma seguridad que siempre, con un vestido ajustado perfecto y una sonrisa misteriosa en los labios.

—No me has dicho a dónde vamos —dije, mientras me acercaba.

—No te lo voy a decir todavía —respondió con calma—. Pero te prometo que será interesante y que lo disfrutarás.

No me dio más detalles mientras conducía por la ciudad hasta que finalmente nos detuvimos frente a un hotel de lujo, uno de esos con una entrada imponente y empleados que parecían haber nacido para atender a la élite.

—¿Un hotel? —pregunté, arqueando una ceja.

Paula sonrió y salió del coche.

—Tranquila, aún no voy a llevarte a una habitación.

Me reí, aunque el comentario me hizo sentir un cosquilleo en la nuca.

El evento al que me llevó fue una de esas reuniones exclusivas donde todo el mundo parecía conocerse y moverse con una facilidad que a mí me faltaba. Paula, sin embargo, estaba en su elemento. Saludaba a la gente con confianza, intercambiaba comentarios con un don natural y me mantenía a su lado sin esfuerzo.

Yo, por otro lado, me sentía como un pez fuera del agua.

—¿Estás acostumbrada a moverte en este tipo de ambientes? —le pregunté en un susurro.

—A veces. Me gusta rodearme de personas interesantes.

—¿Y yo soy una de esas personas?

Paula giró la cabeza lentamente y me miró con una sonrisa que me hizo olvidar por un momento dónde estaba.

—Eres la más interesante de todas.

No supe qué responder, así que simplemente sostuve su mirada, sintiendo cómo la atmósfera entre nosotras cambiaba poco a poco.

En un momento dado, Paula tomó mi muñeca con suavidad y me arrastró lejos de la multitud, llevándome a un rincón más apartado, donde la luz era más tenue y el ruido de las conversaciones quedaba amortiguado.

—Me gusta verte aquí, conmigo —murmuró, y su voz sonó más baja, más íntima.

Mi corazón se aceleró.

—Pensé que ibas a decir que me veía fuera de lugar.

—No. Te ves perfecta.

El aire entre nosotras pareció volverse más denso. Paula se acercó, su mirada se clavó en la mía, y por un segundo estuve segura de que me estaba desnudando con la mirada. Mi respiración se volvió más corta, mi cuerpo se tensó en anticipación. Pero en el último momento, sus labios no fueron a los míos, sino a mi cuello. Un roce apenas perceptible, lento, casi como una caricia de aire caliente contra mi piel.

—Quería ver si podías manejarlo —susurró.

Un escalofrío me recorrió entera. No podía responder, no podía moverme. Estaba completamente atrapada en su juego, perdiendo el control sin darme cuenta.

Paula se apartó con una sonrisa pequeña, como si supiera exactamente lo que había provocado.

—¿Lista para volver?

Asentí, aunque no estaba segura de haber escuchado bien la pregunta.

Cuando llegué a casa, mi mente seguía atrapada en la sensación de su aliento contra mi piel. Decidí tomarme algo antes de dormir, porque sentía que estaba repitiendo la misma historia una y otra vez. La casa permanecía en silencio, extraña, como si no hubiera estado aquí nunca. Como si llevara toda la vida fuera, cuando en realidad, habían sido un par de años.

Y entonces el móvil vibró.

Alba:
¿Lista para un poco de adrenalina?

Cerré los ojos y solté una risa incrédula.

Definitivamente, estaba demasiado metida en esto y ya no había forma de evitarlo.

Yo:
Estoy lista para todo, ¿qué me ofreces?

8

El segundo mensaje de Alba llegó cuando todavía sentía mi cuello el eco del aliento de Paula. Lo vi brillar en la pantalla de mi móvil, como si el universo se empeñara en recordarme que no tenía escapatoria de este juego en el que me había metido de cabeza.

Alba:
Club nocturno. Música decente. Gente interesante. ¿Te vas a resistir o vas a portarte mal por una vez?

Rodé los ojos, pero mi pulso se aceleró. Lo sensato habría sido apagar el móvil, meterme en la cama y procesar lo que acababa de vivir. Pero no. La adrenalina seguía en mis venas, y la idea de quedarme quieta no me atraía en absoluto. Además, tenía claro que Alba sabía perfectamente cómo provocarme.

Yo:
Envíame la ubicación dame media hora y ahí estaré.

Cuando llegué, después de cambiarme y maquillarme un poco, el cambio de ambiente fue tan brusco que por un segundo sentí que había cruzado a otra dimensión. El club nocturno era un mundo aparte: luces de neón parpadeantes, música retumbando en el suelo, cuerpos moviéndose al ritmo del bajo, la energía de la gente como una corriente eléctrica en el aire. Nada de vestidos de diseñador ni copas de vino en conversaciones susurradas. Aquí todo era directo, visceral, inmediato.

Y Alba encajaba a la perfección.

La encontré en la barra con una chaqueta de cuero sobre los hombros y una cerveza en la mano. Me vio acercarme y, sin siquiera preguntar, deslizó un vaso hacia mí.

—Bebe.

—¿Ni siquiera me vas a preguntar qué quiero?

—No.

Reí suavemente y tomé un sorbo. Un golpe fuerte de alcohol y algo dulce, lo suficiente para calentarme la garganta. Alba me observó con una sonrisa ladeada, como si estuviera esperando mi reacción.

—¿Y bien?

—Aceptable.

—Sabía que te gustaría.

Antes de que pudiera decir nada más, tomó mi muñeca y me arrastró hacia la pista de baile sin previo aviso.

—¿Ni siquiera me vas a preguntar si quiero bailar? —pregunté, repitiendo mis propias palabras de hace un minuto.

—No.

Su risa se perdió en el ritmo de la música mientras me movía entre la gente. No me dio tiempo a pensarlo, y tal vez por eso no me resistí. Me dejé llevar sintiendo el calor del cuerpo de Alba demasiado cerca del mío, su energía vibrante en cada movimiento.

Al principio intenté mantener el control. Pero Alba no me lo puso fácil.

Se movía cerca, peligrosamente cerca, con una naturalidad desconcertante. Su mano rozó la mía cuando giró, su cadera chocó ligeramente contra la mía en un movimiento casual, pero intencional. En un momento, se inclinó y me susurró al oído, su voz vibrando con la música.

—No deberías mirarme así, Ana.

Mi piel se erizó.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras que rompiera las reglas.

Tragué saliva y desvié la mirada, pero Alba no lo permitió.

—No te escondas ahora.

Su aliento rozó mi oído cuando se acercó un poco más, sus labios a centímetros de mi piel. La música, la multitud, el calor... todo parecía conspirar para hacerme perder la cabeza. Intenté convencerme de que podía manejarlo, de que no iba a caer tan fácil en su juego.

—¿Siempre haces esto? —pregunté, tratando de sonar indiferente.

—¿El qué?

—Jugar con la gente.

Alba sonrió y dejó que sus manos se deslizaran con una naturalidad pasmosa hasta mi cintura, apenas tocándome, pero lo suficiente para que el contacto me incendiara la piel.

—Solo con quien me gusta jugar.

Sentí que mi respiración se agitaba. No podía apartar la mirada de sus labios. Era como si mi cerebro hubiera dejado de funcionar por completo.

Y entonces, sin previo aviso, atrapó mi muñeca y me giró hacia ella, haciéndome quedar de frente, con su rostro a solo unos centímetros del mío.

—Si sigues mirándome así, voy a tener que besarte.

No pude respirar.

Sabía que podía decir que no, que podía apartarme, reírme y fingir que esto no me estaba afectando. Pero mi cuerpo no respondía. Solo podía sentir el calor de su piel, la intensidad en su mirada, la anticipación en el aire.

Alba llevó una mano a mi rostro y rozó mi mejilla con el pulgar, con una suavidad que contrastaba con su actitud provocadora.

—¿Vas a detenerme? —susurró.

Era una trampa. Lo sabía. Pero no podía evitarlo.

Me humedecí los labios, sintiendo cómo el aire entre nosotras se hacía más pesado, cómo el ruido del club se desvanecía en el fondo.

Alba inclinó la cabeza, sus labios casi tocando los míos.

Y entonces, en el último segundo, sonrió con picardía y se apartó.

—No tan rápido, bonita.

La frustración me recorrió entera.

—Eres horrible —murmuré, intentando recuperar la compostura.

—Gracias —respondió con una sonrisa descarada—. ¿Otra copa?

—No sé si necesito más alcohol o un respiro.

—Te dejo decidir.

Me mordí el labio y la miré. Alba era fuego puro, y yo me estaba acercando demasiado. Pero, maldita sea, me gustaba.

Caminamos de vuelta a la barra, y mientras tomábamos otro trago, intenté ignorar el hecho de que mi corazón todavía latía demasiado rápido. Me estaba volviendo loca, sí, pero yo sola tenía la culpa y, por si fuera poco, no estaba dispuesta a parar.

9

Regresé a casa sintiéndome completamente atrapada en este juego que, aunque no terminaba de entender, me tenía peligrosamente enganchada.

Entre Paula y Alba, todo parecía un equilibrio imposible. La elegancia calculada de la primera, su forma de medirme con la mirada, de sostener los silencios con una intensidad que me hacía temblar. Y luego estaba Alba, con su energía arrolladora, con su forma descarada de hacerme sentir cosas sin darme tregua.

Me dejé caer en la cama sin cambiarme de ropa, sintiendo aún el eco de la música en mi cuerpo y el calor de la piel de Alba rozando la mía. Cerré los ojos y, para mi desgracia, la imagen que apareció en mi mente no fue la de ella, sino la de las dos. Paula inclinándose hacia mí con su perfume envolvente, y Alba atrapándome de la muñeca y susurrando palabras dulces con su voz rasposa.

Estaba caliente. Me estaba volviendo loca y la única manera de descargar mi frustración, fue masturbarme en nombre de las dos.

****

Cuando bajé a desayunar a la mañana siguiente, el ambiente en casa estaba cargado de algo raro. No tardé ni cinco segundos en darme cuenta de qué era: mi familia me estaba observando. Dani tenía esa sonrisita de quien ya ha sacado sus propias conclusiones, mi madre me miraba con un interés mal disimulado y mi abuela… bueno, mi abuela fue directamente al grano.

—No sé qué haces, pero te estás metiendo en un lío y de los gordos —dijo, con la serenidad de quien ha visto a generaciones de mujeres meterse en problemas similares—. Aunque uno divertido, por lo que veo.

—No tengo ni idea de qué hablas.

Mi abuela bufó con diversión y meneó la cabeza, mientras partía una magdalena con una calma exasperante.

—Por favor, niña. He vivido lo suficiente como para reconocer a alguien que tiene la cabeza dividida entre dos personas.

Dani soltó una carcajada y se inclinó sobre la mesa con una expresión de puro entretenimiento. *"A ver qué le ha dicho ahora".*

—¿Así que es cierto? ¿Tienes un lío con dos chicas?

—¡No tengo ningún lío!

—Claro que no —intervino mi madre, que hasta ese momento había permanecido en silencio—. Solo sales mucho últimamente, vuelves con una cara que no engaña a nadie y, encima, llevas esa expresión perdida de quien no sabe qué camino tiene que coger. Menudas vacaciones te estás pegando, hija.

Cerré los ojos un segundo y respiré hondo.

—Parece que no puedo tener una vida social sin que todos analicen cada uno de mis movimientos.

Mi abuela sonrió con astucia y le dio otro bocado a su magdalena.

—Puedes, claro. Pero no nos pidas que no nos divirtamos mientras te vemos tropezar con algo que claramente va a explotarte en la cara.

—Gracias por el voto de confianza, abuela.

—De nada, hija. Solo recuerda que jugar con fuego es emocionante…

—Hasta que te quemas —la interrumpí.

Rodé los ojos y terminé mi café con rapidez queriendo escapar de aquella conversación antes de que se les ocurriera sacarme más información. ¿Había vuelto a tener veinte años?

Subí a mi habitación y, justo cuando pensé en si salir a correr o hacer otra cosa, mi móvil vibró con un mensaje de Paula.

Paula:
¿Cenamos juntas esta noche?

Un par de segundos después, otro mensaje. Pero este de Alba.

Alba:
Espero que nos veamos por ahí más tarde.

Fruncí el ceño.

"¿Más tarde?". Me repetí a mí misma.

Me quedé mirando los dos mensajes, dudando de qué hacer. Con Alba nunca sabía qué esperar, pero con Paula… con Paula todo parecía diseñado para atraparme y envolverme en su red sin que me diera cuenta.

Finalmente, tomé una decisión y respondí.

Yo:
A las nueve está bien.

Cuando llegué al restaurante, Paula ya estaba allí, impecable como siempre. Su vestido negro resaltaba su elegancia innata, y cuando me vio, su sonrisa fue lenta, y también, calculada.

—Siempre puntual. Me gusta eso de ti.

Me senté frente a ella notando de inmediato el ambiente íntimo del lugar. Luces tenues, música suave, copas de vino brillando bajo la luz. Paula no hacía nada al azar. Todo estaba perfectamente medido para seducirme sin que pareciera evidente.

Durante la cena, la conversación fluyó con naturalidad. Paula tenía esa habilidad de hacer que todo pareciera sofisticado, interesante, como si estuviera construyendo algo en el aire, capa por capa, hasta envolverme por completo. Me habló de su trabajo y la pasión que siente con lo que hace, de muchas cosas que me hacían sentir de maravilla.

En un momento, deslizó su mano sobre la mesa y tomó la mía con suavidad, su pulgar acariciando distraídamente mis dedos.

—Me gusta estar contigo, Ana.

Sentí que el aire se volvía más pesado.

La forma en que lo dijo, sin dramatismos ni expectativas, hizo que el cosquilleo en mi estómago se intensificara. Paula no necesitaba llenar los

silencios con palabras grandilocuentes. Su mirada, su tacto, todo en ella transmitía lo que quería sin necesidad de esfuerzo.

Me humedecí los labios y desvié la mirada por un segundo, tratando de recomponerme. Y fue entonces cuando la vi.

A unas mesas de distancia, alguien me observaba.

Alba.

Su postura era relajada, con un brazo apoyado en el respaldo de la silla y una copa en la mano. Pero su expresión… esa sonrisa de lado, ese brillo de desafío en los ojos, lo decía todo.

No era una coincidencia.

Era un juego.

El corazón me dio un vuelco. Paula, ajena a mi desconcierto, seguía acariciando mi mano con lentitud.

—Estás tensa —murmuró, inclinándose un poco hacia mí—. ¿En qué piensas?

Tragué saliva y sonreí con lo que esperaba que pareciera natural.

—En nada.

—No pareces alguien que se deja llevar por la nada.

Solté una risa suave y negué con la cabeza, pero sentía la mirada de Alba quemándome a la distancia.

Paula llevó mi mano a su boca y rozó mis nudillos con los labios en un gesto delicado pero cargado de intención. Alba, en cambio, alzó su copa en un gesto sutil, como si brindara por mí.

No tenía escapatoria. Por primera vez, me sentí verdaderamente atrapada.

La cuestión era, que me gusto.

10

Intenté concentrarme en Paula. De verdad que lo intenté. Tenía su mano sobre la mía, sus dedos entrelazándose con los míos con una suavidad calculada, su mirada fija en mí como si pudiera leer cada pensamiento que pasaba por mi mente. Y eso era peligroso, porque justo ahora mi mente estaba en otro lugar. Mejor dicho, en otra persona.

A unas mesas de distancia, Alba seguía ahí. Relajada, con una copa en la mano y una expresión de entretenimiento absoluto. Sabía exactamente lo que estaba haciendo, y lo peor era que funcionaba. Cada vez que intentaba enfocarme en Paula, mi mirada se desviaba sin querer hacia ella, como si mi cuerpo estuviera respondiendo a un imán invisible.

Paula, con esa capacidad suya para notar hasta el más mínimo cambio en la atmósfera, entrelazó sus dedos con los míos y me atrajo un poco más hacia ella sobre la mesa.

—Estás aquí conmigo, ¿o no?

Su voz fue baja, firme, dejando claro que no le gustaban las distracciones. Su mirada tenía esa intensidad que hacía que el resto del mundo se apagara… siempre y cuando Alba no estuviera en mi campo de visión.

—Sí, claro que sí —respondí, obligándome a sostenerle la mirada.

Pero el problema era que mi móvil vibró sobre la mesa justo en ese momento, con un mensaje que estaba dispuesto a joderme la noche.

Alba:
Te diría que es una casualidad, pero no. Me moría por verte, así que, te seguí.

Sentí cómo mi corazón se aceleraba y alcé la vista en su dirección. Alba, sin ninguna vergüenza, me sostuvo la mirada y alzó su copa en un brindis silencioso, disfrutando cada segundo de mi reacción.

¿Lo estaba haciendo a propósito? Por supuesto que sí.

La tensión en mi cuerpo era un caos absoluto. Sentía la mano de Paula sobre la mía, su perfume envolvente, su presencia elegante e intensa. Pero también sentía la provocación descarada de Alba, el peligro latente en su sonrisa, la chispa de desafío que siempre me lanzaba.

Paula se inclinó un poco más hacia mí, haciendo que el ambiente entre nosotras se volviera más íntimo.

—Voy a ser directa —murmuró, con los labios peligrosamente cerca de mi piel—. Me gustas.

Mi cerebro tardó un segundo en procesar esas palabras. "*Me gustas"*. Así, sin rodeos, sin sutilezas. No con la coquetería que siempre me lanzaba, no con la elegancia de sus insinuaciones veladas. Esta vez era diferente.

Abrí la boca para decir algo, aunque ni siquiera sabía qué, cuando una sombra se cernió sobre nuestra mesa.

—Vaya, qué pequeño es el mundo —dijo una voz familiar, cargada de diversión.

Mi estómago se contrajo de inmediato al ver a Alba.

Paula giró la cabeza con absoluta calma, sin soltar mi mano. No parecía sorprendida, ni alterada. Solo la miró con la misma elegancia con la que hacía todo.

—Disculpa, estábamos disfrutando de nuestra cena —dijo con voz neutra, aunque había un filo seco en sus palabras—. ¿Te unes o prefieres dejarnos a solas?

Tragué saliva. La temperatura en la mesa subió de golpe.

La sonrisa de Alba se amplió, lenta, disfrutando la escena.

—No, no, no quiero arruinar esta cita. Aunque, Ana… —comentó, mirándome directamente—. No olvides que tienes algo pendiente conmigo.

El significado de sus palabras flotó en el aire entre nosotras como una chispa a punto de prenderse fuego.

Paula no reaccionó de inmediato. Solo tomó su copa de vino y la llevó a sus labios con una tranquilidad estudiada, como si todo esto no le afectara en lo más mínimo. Alba, en cambio, se inclinó apenas un poco sobre la mesa, lo justo para hacerme sentir atrapada entre ambas.

—Nos vemos, bonita —susurró, y luego, como si nada, se giró y se alejó con la misma calma con la que había llegado.

Me quedé inmóvil, sintiendo el ardor en mi piel, la tensión atrapada en mi cuerpo, el pulso acelerado en mi garganta.

Cuando volví la vista a Paula, ella seguía observándome con intensidad, su expresión perfectamente controlada.

—¿Qué es lo que tienes pendiente con ella?

Tragué saliva.

—No lo sé.

No era una mentira después de todo. Pero tampoco era la verdad.

Paula dejó su copa en la mesa con un movimiento elegante y entrecerró los ojos, como si evaluara mi respuesta.

—¿Quieres que nos vayamos?

Su pregunta me tomó por sorpresa.

—¿A dónde?

—A donde no haya interrupciones.

El subtexto en su voz era claro, y el calor se acumuló en mi pecho de inmediato. Pero mi cabeza aún estaba dando vueltas por la aparición de Alba.

—Yo…

—No tienes que decidirlo ahora —interrumpió Paula, con una sonrisa ladeada—. Pero piénsalo.

Y con eso, volvió a centrarse en la cena como si nada hubiera pasado.

Yo, en cambio, sentía que me explotaba la cabeza.

El resto de la cena transcurrió con normalidad aparente, pero yo ya no podía dejar de pensar en lo que había pasado. En la forma en que Alba me había seguido hasta aquí, en su descaro absoluto, en la manera en que Paula había mantenido el control sin inmutarse.

Al salir del restaurante, ella me acompañó hasta mi coche y se detuvo junto a la puerta.

—Espero que no estés demasiado distraída para recordar que me debes una respuesta.

Mi pulso se aceleró.

—¿Sobre qué?

Paula sonrió, como si supiera que solo estaba ganando tiempo.

—Sobre lo que te dije en la mesa.

"Me gustas". Esas palabras seguían flotando en mi mente.

—Te lo diré pronto —murmuré.

Paula no pareció decepcionada por mi evasiva. Al contrario, su expresión fue de pura seguridad.

—Estoy segura de que lo harás.

Se inclinó hacia mí como si fuera a atrapar mis labios… pero solo rozó mi mejilla antes de alejarse.

—Nos vemos pronto.

La vi alejarse con esa elegancia suya y solté el aire que no sabía que estaba conteniendo.

Cuando me metí en el coche, mi móvil vibró en mi bolso con un mensaje de Alba.

Alba:
Espero que descanses, bonita. Aunque después de esta noche… dudo que puedas.

Me recargué en el asiento, sintiendo que me hundía más en este juego peligroso de insinuaciones que a veces se escapaban de mi control. ¿En qué demonios me había metido? La respuesta era fácil: *entre dos fuegos*.

11

La ciudad pasaba a mi alrededor en manchas borrosas de luces y sombras mientras conducía en silencio por las calles casi vacías. Llevaba las ventanillas un poco abiertas, dejando que el aire fresco de la noche enfriara el incendio que todavía me ardía en la piel. Mis manos en el volante estaban tensas, los dedos aferrados con más fuerza de la necesaria, como si eso pudiera impedir que el recuerdo del tacto de Paula me atravesara una y otra vez.

El pulso aún me latía en las sienes. Cerré los ojos un segundo en un semáforo en rojo y el perfume de su piel se impregnó en mi memoria, como una caricia dulce y persistente que no quería desaparecer. Paula… su voz, su seguridad, su forma de mirarme como si supiera exactamente quién era yo, incluso cuando ni yo me lo preguntaba.

Imaginé qué habría pasado si Alba no hubiera aparecido. Si esa noche hubiera sido solo de Paula y mía. La vi —en mi mente— caminando conmigo hasta la puerta de casa con esa elegancia que parecía flotar a su alrededor sin más. Sin interrupciones. Sin miradas cruzadas. Solo nosotras dos.

La habría invitado a subir. Eso pensé. O quizás ella habría tomado la iniciativa, porque Paula siempre sabía leer mis silencios. Me habría rozado la mano primero, solo para comprobar si yo temblaba. Y lo hacía, claro que sí. Me habría empujado suavemente contra la puerta, sin perder esa compostura suya tan exquisita, y me habría besado de verdad, esta vez sin contenerse.

La imaginé guiando mis pasos hacia el interior, con su cuerpo apenas rozando el mío, sus dedos deslizándose por mi brazo con una paciencia que quemaba más que el deseo inmediato. Hablaríamos poco, o tal vez nada. No hacían falta palabras con Paula. Sus gestos eran precisos, su lenguaje, silencioso y lleno de significado.

La habría llevado a mi habitación. La habría dejado explorarme con calma, esa forma de tocarme como si cada rincón de mi piel fuera un secreto que merecía descubrirse lentamente. Sus besos serían exactos, medidos, perfectos. Nada sería improvisado. Nada sería caótico. Porque parecía que a su lado el caos tenía sentido. Incluso yo.

Pero entonces, como si el mismo recuerdo me arrastrara de vuelta, apareció en mi mente la imagen de Alba, con la copa alzada, su sonrisa desafiante, y todo el escenario perfecto se resquebrajó. Porque eso era lo que provocaba: romper la lógica, alterar el equilibrio, desordenar mis malditos planes.

Inspiré hondo, apretando los labios. Paula merecía algo más que una sombra siempre presente. Y, sin embargo, ahí estaba yo, deseando lo que había imaginado pero incapaz de soltar lo que realmente me atraía hacia el abismo.

Giré en la última calle antes de llegar a casa. El motor ronroneaba bajo mis manos, suave, constante, como si intentara calmarme. Pero no podía. No cuando mi mente aún jugaba con un escenario que no había ocurrido. No cuando todavía podía sentir el peso de su cercanía en mi piel, y el sabor de todo lo que podría haber sido si tan solo…

Aparqué el coche, entré a casa y subí a mi habitación con el corazón latiendo a mil por hora. Cerré la puerta con suavidad sintiéndome en una especie de trance. Me dejé caer en la cama exhalando despacio, pero mi móvil vibró antes de que pudiera empezar a procesarlo todo.

Fruncí el ceño y lo tomé con cierto recelo.

Alba:
Espero que no estés demasiado ocupada, porque voy para tu casa.

A esto se refería con su mensaje. Mi estómago se contrajo de inmediato y me incorporé de golpe, sintiendo una descarga de adrenalina recorrerme el cuerpo.

Yo:
¿Qué? ¿Cómo que estás viniendo?

No hubo respuesta. Me levanté de la cama y fui hacia la ventana casi sin pensarlo, con el corazón golpeando en mi pecho. Conté unos minutos y

de pronto, la vi aparecer. Alba estacionó la moto frente a mi casa, con la chaqueta de cuero aún puesta y el casco colgado en el manillar. Alzó la vista, me encontró en la ventana y me hizo una seña clara: *Baja.*

Me llevé una mano a la cabeza y negué un par de veces. Estaba loca, pero, lo peor de todo, era que yo también debía de estarlo, porque sin pensarlo demasiado, sin detenerme a considerar las consecuencias, salí de la habitación en puntillas, asegurándome de que mi familia no se despertara.

Abrí la puerta con el corazón en la garganta, bajé los escalones y fui a buscarla. Alba sonrió de lado al verme, con esa expresión de pura travesura en el rostro.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Te vi tan tensa durante la cena con tu amiguita que pensé en ayudarte a relajarte.

Rodé los ojos, pero no pude evitar que mi boca se curvara en una sonrisa involuntaria. Seguía tensa por culpa de Paula, eso era más que obvio y ella lo notaba.

—Estás loca.

—Lo sé —respondió sin el menor atisbo de duda.

Un silencio denso se instaló entre nosotras. Alba me miraba como si pudiera ver exactamente todo lo que llevaba dentro, como si supiera que me estaba metiendo en un problema y que no iba a detenerme.

—No deberías estar aquí —dije en voz baja, sin convicción alguna.

Un instante de lucidez me atravesó, y no pude evitar imaginar a mi madre, a mi abuela y a mi hermano menor apostados como vigilantes nocturnos detrás de cada puerta, taza de té en mano, murmurando teorías de espionaje doméstico mientras se ajustan las batas. Mi madre, con su radar emocional siempre activo, habría notado cualquier vibración fuera de lo común. Mi abuela, con su oído de halcón y su instinto para el drama, ya estaría asomada por la ventana inventando una historia trágico-romántica. Y mi hermano… bueno, él seguramente ya estaría escribiendo un tuit críptico

al respecto. Una panda de cotillas encantadora, siempre alerta, siempre lista para descubrir mi más mínimo desliz.

—Entonces dime que me vaya.

No respondí porque no estaba segura de querer que se fuera. Alba lo sabía y con una lentitud exasperante, dio un paso adelante, reduciendo el espacio entre nosotras. El aire se volvió más pesado. Su mirada bajó de mis ojos a mis labios y luego de vuelta a mis ojos.

—¿Vas a dejarme entrar? —susurró.

Mis dedos se aferraron al borde de la puerta.

—¿Y si no lo hago?

Su sonrisa se amplió apenas.

—Entonces me quedo aquí, haciendo ruido hasta que alguien de tu familia se despierte y tenga que explicarle qué hago frente a tu casa a estas horas de la madrugada.

La fulminé con la mirada.

—Eres bastante problemática, ¿eh?

—Y a ti te encantan los problemas.

Me mordí el labio y sin decir nada más, me giré y dejé la puerta entreabierta.

Escuché sus pasos tras de mí mientras subía las escaleras con el corazón latiéndome en los oídos y cuando llegamos a mi habitación, cerré la puerta y me apoyé en ella, mirándola con el ceño fruncido entre penumbras.

—¿Y ahora qué hacemos?

Alba se encogió de hombros y se sentó en el borde de mi cama con una naturalidad absurda, como si no acabara de irrumpir en mi casa en plena madrugada.

—No lo sé. Me gusta improvisar.

Negué con la cabeza, pero no me moví. Ella, al contrario, se levantó y se acercó a mí colocando ambas manos sobre la puerta, una a cada lado de mí.

El silencio se hizo más pesado entre nosotras. Alba me miró fijamente con esos ojos negros llenos de desafío y acortó nuestra distancia al apoyar su cuerpo contra el mío, apresándome por completo.

—Si no quieres que me quede, ya sabes lo que tienes que hacer.

Abrí la boca, pero no dije nada porque la verdad era que no estaba segura de querer que se fuera, y mucho menos al tenerla así, tan cerca de mí.

12

La habitación parecía contener la respiración. Eso o era yo que al tener a Alba tan cerca, apenas era capaz de hacer otra cosa que no fuera mirarla. Ella estaba ahí, mirándome de cerca, relamiéndose los labios como alguien que está a nada de devorar eso que lleva días queriendo probar. Mirándome con esa mezcla de descaro y paciencia que me sacaba de quicio.

Yo seguía ahí, con las manos sedientas de algo que no había descubierto aún, con la espalda rígida y la mirada anclada en sus labios. Mi cabeza era un puto caos. Debería echara. Mandarla a la mierda. Decirle que no podía estar aquí, que no era buena idea, que se largara antes de que hiciéramos algo de lo que me arrepintiera.

Pero no lo hice porque la idea de que se fuera me revolvía el estómago.

Joder, me encantaba tenerla allí. Percibir en su aliento el aroma del alcohol del vino que había bebido mientras yo disfrutaba de la cena con Paula.

Alba entreabrió la boca lista para soltar alguna de sus frases ingeniosas, alguna provocación que me hiciera estallar. Pero no le di la oportunidad porque mi instinto gritaba, rugía dentro de mí exigiendo algo que ya no podía ignorar.

Me lancé a por ella y la besé. No hubo sutilezas. No hubo dudas, solo fuego.

Ella soltó un sonido de sorpresa y placer antes de sujetarme por la cintura y tirar de mí sin miramientos. Su boca se abrió sobre la mía, respondiéndome con la misma intensidad, con la misma necesidad urgente que sentía arder en mi piel.

Un choque de labios y dientes, de jadeos entrecortados y manos desesperadas buscando cualquier fragmento de piel disponible. No pensé en

nada, no intenté detenerme. Solo me dejé llevar como un ser sediento de aquello que tanto había deseado y no había conseguido.

Mis dedos se enredaron en su pelo, tirando de él con más fuerza de la necesaria. Alba gruñó contra mi boca y deslizó las manos bajo mi camiseta, recorriendo mi espalda con los dedos calientes, clavándome las uñas, rompiendo el cierre del sujetador que cubría mis tetas que de un momento a otro ella pellizcaba y apretaba como le daba la gana.

El aire en la habitación se volvió más denso. Su boca bajó a mi cuello, mordiéndome con la misma frustración que me ardía en el pecho. No solo era deseo. Era todo lo que ella me hacía sentir. Era todo lo que Paula despertaba en mí y que no sabía cómo manejar. Era la maldita confusión, la frustración, el deseo contenido durante demasiado tiempo.

Y lo descargué contra la piel de Alba.

Mis dientes se hundieron en su hombro, en cualquier parte que pudiera alcanzar. Ella solo jadeó, su risa ronca vibrando contra mi piel.

—Joder, Ana…

Su voz sonaba rasposa, casi rota. Sus manos se colaron bajo mi ropa interior, sus dedos dibujaron caminos de fuego sobre mi piel y se hundieron entre mis muslos, arrancando un gemido que, de seguro, despertó a toda la casa.

Pero no me importó porque ya no había vuelta atrás. Porque la mecha ya estaba encendida y no había manera de apagar el incendio.

Caminamos y caímos sobre la cama enredadas la una en la otra. Mi espalda chocó contra el colchón y en algún punto toda mi ropa dejó de estar sobre mi cuerpo. Y la suya también. Alba se inclinó sobre mí, con los ojos oscuros, dilatados, mirándome como si pudiera devorarme entera.

Y lo hizo. Su boca me descubrió un paraíso de sensaciones. Me dio acceso a un placer que jamás había disfrutado. Encendió y apagó focos de fuego que se prendieron en mi cadera, que ardieron y se expandieron por mi piel hasta arder entre mis piernas, donde su lengua lamía y me probaba pecaminosamente.

El sexo fue puro instinto. Fue ardiente, sucio, sin filtros ni frenos. Nada de delicadeza. Nada de inseguridades. Solo piel, humedad, labios, manos y una necesidad rabiosa de tocarlo todo, de sentirlo todo. Las emociones se quedaron fuera. No hubo promesas, no hubo susurros dulces. Solo placer absoluto.

Alba me arrancó de la realidad con cada caricia, con cada beso, con cada maldita forma con la que hundía sus dedos en mí, sabiendo exactamente qué hacer para volverme loca. Y yo la seguí porque no había otra opción. Porque si Alba era fuego, yo quería arder con ella.

La cama se movió con nuestros movimientos, golpeó la pared, se impregnó de su sudor, del mío, de la humedad de nuestros cuerpos. Se convirtió en el foco de aquella sesión de sexo con la que había soñado. Y cuando terminamos y ella cayó sobre mí, me di cuenta de que, como una idiota, había caído en su red.

Aunque lo peor era que quería caer. Caer una y otra vez.

13

El sol se filtraba por la ventana, proyectándose sobre las sábanas desordenadas de mi cama. La habitación olía a sexo, a la piel caliente de Alba que seguía tumbada a mi lado, con una expresión satisfecha en la cara y un brazo perezoso sobre mi vientre. Yo no había podido dormir. Aún tenía la respiración entrecortada, la piel demasiado sensible y el cuerpo dolorosamente consciente de todo lo que había pasado durante la noche.

Estaba segura que nos habían escuchado. Mi hermano dormía en la habitación de al lado y mi abuela tenía un oído supersónico que no pasaba por alto ni un solo respiro. No sabía que era lo que me iba a encontrar una vez que atravesara la puerta y les mirara a la cara, pero ya no había escapatoria. Además, Alba tenía que salir por alguna parte y no podía tirarla por la ventana como sucedía en casi todas las películas del cine.

Aunque eso no era lo peor. Y lo supe cuando la voz de mi abuela rompió el silencio desde el otro lado de la puerta:

—¿Ana, sirvo una taza para el desayuno o dos?

"Joder."

Me congelé. Alba, que se había despertado ipso facto, también.

Mi cuerpo se tensó, mi corazón se disparó y mi cerebro intentó procesar a la velocidad de la luz el desastre que supondría que mi abuela entrara y nos encontrara desnudas, enredadas entre las sábanas.

—No, abuela, con una sobra —solté, mi voz saliendo demasiado aguda. Intenté aclararme la garganta—. No querrás que me dé un infarto con tanta cafeína, ¿verdad?

Desde mi lado, Alba se inclinó y me susurró al oído con esa maldita sonrisa suya que me volvía loca:

—Si quieres, te lo provoco yo.

Le lancé una mirada de advertencia, pero ella solo me sostuvo la mirada con picardía, completamente relajada, como si la posibilidad de ser descubiertas no le afectara en lo más mínimo. Y lo peor es que me hizo reír.

Alba parecía tener ese efecto en mí. Siempre conseguía hacerme perder el control, arrancarme carcajadas en los momentos más inoportunos. Y después de lo que había pasado la noche anterior, sabía perfectamente que podía hacerme perder la cabeza si se lo proponía.

—No tardes en levantarte, ya sabes que nos encanta disfrutar contigo de la sobremesa.

Se escucharon los pasos de mi abuela alejándose por el pasillo. Suspiré aliviada y me hundí en la almohada.

—Dios… por poco nos pilla —murmuré, girándome hacia Alba.

Ella alzó una ceja, con una expresión de fingida inocencia.

—¿Y qué? Me habría presentado como tu amante salvajemente nocturna.

Rodé los ojos, aunque no pude evitar que una sonrisa me tirara de los labios.

—Tienes cero sentido del peligro.

Alba se encogió de hombros.

—Lo justo y necesario.

Me miró intensamente por un momento, luego deslizó un dedo por la curva de mi cadera desnuda. Mi piel se erizó rápido y contuve la respiración.

—Debería irme, ¿verdad?

Tragué saliva y afirmé torpemente.

—Sí, deberías.

Pero ninguna de las dos se movió.

El ambiente cambió. La mirada de Alba se oscureció y en menos de un segundo, su mano se deslizó entre mis muslos, tocándome justo donde aún estaba demasiado sensible, demasiado afectada por la noche anterior, demasiado mojada.

Solté un gemido ahogado y mi espalda se arqueó instintivamente.

—Alba… —Intenté protestar, pero mi voz sonó a necesidad.

—Shhh… —me interrumpió, mordiéndome suavemente el labio—. Para que no te olvides… y te quedes con ganas de más.

Su mano se movió con una precisión que me dejó sin aliento, arrancándome un par de gemidos más antes de apartarse con esa maldita sonrisa triunfal en los labios.

Yo me quedé tendida en la cama, jadeando, completamente sobrepasada.

Mientras tanto, Alba, sin una pizca de vergüenza, se puso de pie y empezó a vestirse con una calma insultante. Se subió la cremallera de los vaqueros, se pasó la camiseta por la cabeza y me miró por última vez antes de dirigirse a la puerta de mi dormitorio.

—Nos vemos, bonita.

—No dejes que te acribillen a preguntas.

Y así, sin más, se marchó.

Me quedé tumbada en la cama, con el corazón aun latiéndome en los oídos.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Mi móvil vibró en la mesita de noche. Con un suspiro, lo tomé y vi la pantalla iluminarse con un mensaje.

Paula:
Espero que hayas dormido bien. ¿Nos vemos esta noche?

Tragué saliva. La imagen de Alba sobre mí, de su piel caliente contra la mía, aún estaba demasiado viva en mi cabeza. Cerré los ojos por un

momento, intentando encontrar algo de claridad en medio del caos en el que me había metido.

Y aunque no la encontré, sí que supe una cosa: quería borrar de mi mente lo que había pasado esta noche. Abrí el chat de Paula y escribí:

Yo:
Esta noche elijo yo. Espero sorprenderte

Envié el mensaje sin darle demasiadas vueltas y un par de segundos después, recibí otro.

Alba:
Tengo tu olor en las manos. Voy a contar las horas hasta que vuelva a verte, porque cuando lo haga… lo de esta noche va a parecer un juego de niñas.
PD: Tu no me ha sometido a un interrogatorio. No mucho.

Se me secó la boca. Un calor abrasador me recorrió el cuerpo. Me tapé la cara con la almohada intentando procesar lo que acababa de leer, lo que acababa de suceder.

Me estaba volviendo loca y aunque era peligroso, me encantaba.

14

Intenté retrasar el momento todo lo que pude. Me puse música, intenté reordenar el armario que mi madre nunca vaciaba, y mis cajones, me cambié las sábanas de la cama y me metí de lleno en la ducha, pero en cuanto salí de allí y me crucé con mi hermano, supe que no tenía escapatoria. Alba, y lo que había pasado en mi habitación, estaban muy presentes a mi alrededor. La sentía recorriendo mi piel, con su boca reclamándome sin pedir permiso, despertando el fuego que había encendido dentro de mí.

Paula se entremezclaba con ella, cosquilleándome en los labios y también entre las costillas. Su seguridad, la forma en la que me había confesado que le gustaba. Era muy diferente a Alba, opuesta y, sin embargo, las tenía a las dos metidas en la cabeza, volviéndome completamente loca.

Cuando aparecí por la cocina para desayunar, todos estaban reunidos en la mesa. Mi madre leía una revista de prensa rosa, mi hermano jugaba con una de sus Nintendo y mi abuela, removía su café con una calma que me puso en alerta de inmediato.

Me serví una taza y me senté en mi sitio habitual —como si nunca me hubiera ido de casa—, intentando actual con naturalidad.

—¿Qué tal dormiste ayer? —preguntó mi abuela con un tono que dejaba mucho a la imaginación—. Esa chica…

Levanté la vista de la taza y mi hermano puso su atención en mí.

—Me dijo que era masajista. Voy a tener que pedirle que me eche una mano con los dolores de mi espalda. Aunque visto como gritabas, no sé yo.

Estuve a punto de tirar el café. La taza tembló en mi mano cuando la dejé sobre la mesa y mis ojos se abrieron como platos. Noté de inmediato el calor en la cara y mi hermano, empezó a reír como si aquello fuera el chiste del año.

Mi abuela me miraba con esa expresión traviesa suya, con una sonrisa apenas contenida, como si estuviera disfrutando cada segundo de mi incomodidad. Desde luego que, cuando la perdiera, iba a sumirme en una tristeza profunda.

—Los muros de esta casa no son tan gruesos como crees, querida. Tu abuelo decía que eran de papel.

—Deberías de estar celebrando que ha traído una de sus tantas novias a casa —dijo mi madre levantando la vista de la revista—, mamá.

—No tengo tantas novias.

—Bueno, al menos ya tienes una —mencionó mi hermano—. Y parece que es de las que te dan caña.

Una patada voladora fue a parar a su rodilla escondida bajo la mesa. Y sin más, me puse en pie para desaparecer otra vez y esconderme esperando que se me tragara la tierra.

"Parece que la única adulta sea yo, joder".

****

Por suerte, la noche llegó antes de lo esperado. Me miré en el espejo evaluando mi reflejo. Había elegido un vestido negro que realzaba mis curvas, sexy pero sencillo, lo suficientemente elegante para la ocasión, pero con ese punto justo de provocación. Me solté el cabello y me pinté los labios de rojo.

No sabía si lo hacía por Paula… o si, en el fondo, también quería borrar la culpa que se aferraba a mi pecho después de lo que había pasado con Alba.

El restaurante que había elegido para la velada estaba en el centro de la ciudad. Uno de los más elegantes, de esos a los que acudes pocas veces porque no sueles encontrar hueco. Tuve suerte de que un amigo de toda la vida trabajara allí, también que me consiguiera una mesa en la zona más bonita y más tranquila.

Esta vez, yo tenía el control de la cita. Sin embargo, cuando llegué y vi que Paula ya estaba allí, todo cambió. Estaba preciosa, con su cabello oscuro cayéndole por los hombros y su cuerpo escondido bajo un mono negro clásico que le sentaba de lujo.

Se levantó de la silla al verme llegar y su sonrisa fue inmediata.

—Estás preciosa, Ana. Me has dejado con la boca abierta.

Su voz era cálida y segura, y por un momento me olvidé de todo lo demás.

Nos sentamos y pedimos la cena. Desde el primer minuto, la conversación fluyó con una facilidad que me sorprendió. Paula tenía un sentido del humor refinado, una forma de hablar que atrapaba y una inteligencia que se notaba en cada palabra que decía.

Me gustaba cómo me miraba, cómo me hacía sentir especial, cómo me atrapaba.

Con Alba, la química era salvaje, un torbellino de emociones que me arrastraba sin remedio, pero con Paula… con Paula me sentía descubierta. Ella me quería conocer en profundidad, más allá de la piel, más allá del deseo. Y eso me ponía nerviosa.

—¿Siempre eres así? —pregunté en un momento, con una sonrisa—. Tan… magnética.

Paula apoyó los codos sobre la mesa y me sostuvo la mirada.

—Cuando algo me interesa, sí.

Sentí un leve escalofrío recorrer mi piel.

—¿Y yo te intereso?

No sé por qué se lo pregunté, porque era obvio. Su sonrisa se suavizó y se mordió el labio.

—Mucho.

Bajé la mirada a mi copa de vino, tratando de calmar el ritmo acelerado de mi corazón. Me estaba metiendo en un lío gigantesco, pero ya

no podía frenar lo que sentía, tampoco lo que quería. Las dos me daban algo diferente, algo que necesitaba, algo que me hacía sentir importante.

La cena siguió entre risas y miradas cargadas de significado, y en algún punto de la conversación, Paula se inclinó un poco más sobre la mesa y dijo:

—Quiero que *esto* salga bien.

Su tono era serio, sincero.

Tragué saliva.

—¿Esto?

—Nosotras.

Mi estómago se contrajo y el vino que me había tomado, me subió por la garganta.

Paula sostuvo mi mano con delicadeza por encima de la mesa, acariciando mi piel con el pulgar, dibujando círculos.

—A mí no me van los juegos, Ana —dijo—. Y cuando alguien me gusta, es porque quiero algo real.

Mi pecho se oprimió. "*Algo real".* ¿Era eso lo que yo quería?

Antes de que pudiera responder, antes de que pudiera siquiera ordenar mis pensamientos, mi teléfono vibró en el interior de mi bolso. Instintivamente, y sin darle una respuesta, lo busqué y miré la pantalla.

Mi sangre se congeló al leer el mensaje.

Alba:
Espero que tu cuerpo me eche de menos

El aire se me atascó en los pulmones. Mi mano tembló al guardar el móvil y sonreí al sentir la mirada de Paula sobre mí, expectante. Estaba segura de que esperaba algo, una respuesta, algo, pero yo me quité la servilleta de los muslos y me levanté de la mesa corriendo para buscar aire en el baño.

15

El agua corría en el lavabo como un pequeño río desbocado. Me aferré al borde del mármol, mirando mi reflejo empañado en el espejo. Mis labios pintados temblaban un poco, la respiración se me agolpaba en el pecho como una bandada de pájaros encerrados. No podía volver a la mesa, y me di cuenta de que no podía volver así.

Saqué el móvil del bolso temblando, esquivando la notificación de Alba como quien huye de un campo de minas. Busqué un nombre en la agenda como si fuera un salvavidas en mitad del naufragio.

Pulsé la llamada y ella respondió al segundo tono.

—Ana… ¿va todo bien? —su voz trajo consigo una ráfaga de esa cercanía que nos había dado nuestra amistad.

Me apoyé contra la pared de azulejos fríos, cerrando los ojos. Me dolía hasta respirar.

—No lo sé, tía. No sé qué coño estoy haciendo —susurré, sintiendo la amenaza de unas lágrimas que no quería derramar.

—¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado?

—En el baño de un restaurante. Con la cita más bonita del año esperándome en la mesa… y yo… yo con el corazón partido en dos como una débil manzana vieja.

Escuché el sonido de unas llaves y el cierre de una puerta al otro lado del teléfono. Laura debía estar saliendo al pasillo de su casa para hablar tranquila.

—Cuéntamelo. Empieza desde el principio —me dijo, con ese tono firme, esa cuerda segura a la que siempre podía agarrarme.

Me dejé resbalar por la pared hasta sentarme en el suelo, con el vestido recogido sobre las rodillas y los tacones pinchándome los tobillos.

—Anoche estuve con Alba.

El silencio al otro lado evidenció lo que Laura ya debía haber adivinado.

—¿Estuviste cómo de "estuviste"? —preguntó finalmente, aunque sabía que ya conocía la respuesta.

—Cómo de "no puedo quitármela su olor de mi piel" —respondí en un susurro ronco, avergonzada—. Fue salvaje, Laura. Brutal. Como si el mundo fuera a acabarse y solo importáramos ella y yo. Como si el aire llevase escrito su nombre, su sexo, el fuego de sus manos.

Cerré los ojos con fuerza, reviviendo la sensación abrasadora de su boca, de sus manos firmes marcándome territorios prohibidos.

—Vale —dijo mi amiga, dejando escapar un suspiro—. ¿Y ahora estás con Paula?

—Sí. Y es todo lo contrario. Ella era… reírte sin parar, sentirse en un lugar increíble. Era mirar a tu alrededor y querer quedarte ahí para siempre. Y, joder, créeme, Paula me miraba como si fuera algo bueno. Como si yo no fuera este puto desastre con patas que se había metido en un buen lío.

Golpeé la cabeza suavemente contra la pared, como si eso pudiera poner en orden el caos que me habitaba.

—¿Has sentido algo con Paula? ¿De verdad?

—Sí —respondí sin dudar, el pecho apretándome como una cuerda de piano tensada al límite—. Y me daba miedo. Con Alba era deseo y locura. Con Paula era… algo muy distinto. Y me daba pánico cagarla.

Laura guardó silencio unos segundos, los suficientes para que mi ansiedad creciera como una enredadera salvaje.

—Ana —dijo finalmente—, no puedes seguir a dos bandas. Lo sabes. No eres ese tipo de persona.

Me reí sin ganas, dejando caer la cabeza sobre mis rodillas.

—Ya lo sé. Me sentía como una mariposa atrapada en una telaraña. Cada movimiento que hacía, hacía que me enredara mucho más.

—¿Qué quieres tú? —preguntó con suavidad, con esa forma suya de hacer que las preguntas dolieran, pero que también sanaran.

—Quiero… —la voz se me rompió en un susurro. "¿Qué quiero? ¿Quién soy cuando no estoy atrapada entre dos fuegos?" —. Quería algo que no me destruyera. Quería sentirme bien en mi propia piel. Quería querer a alguien sin miedo a que el suelo se abriera bajo mis pies.

Laura suspiró al otro lado.

—Entonces tienes que decidirte, señorita. Quizá no esta noche, pero pronto. No puedes jugar con ellas ni contigo. No te mereces seguir castigándote.

Apreté los ojos, respirando hondo.

—¿Y si la cago, Laura? ¿Y si no soy capaz de elegir lo correcto?

—Si la cagas, te levantas. Como siempre, como has hecho con el trabajo. Pero esta vez, al menos, será tu decisión, no un mero accidente.

Me dejé envolver por sus palabras como si fueran una manta cálida, sosteniéndome justo cuando sentía que iba a desmoronarme.

—Ufff, pues a ver qué hago ahora.

—Ahora —respondió ella—, respira. Píntate otra vez esos labios, pon la mejor de tus sonrisas y vuelve ahí fuera. Esta noche es de Paula. No de Alba. No de tus miedos.

Asentí aunque no pudiera verme. Me levanté del suelo tambaleándome sobre los tacones. Me miré al espejo; tenía los ojos un poco más vidriosos, sí, pero también más vivos, más como si volviera a sentirme yo.

—Te quiero, me alegra haber vuelto —susurré.

—Y yo a ti, petarda. Y no lo olvides, pase lo que pase, no estás sola.

Colgué, guardé el móvil en el bolso como quien guarda un secreto importante, y respiré hondo una última vez.

Cuando abrí la puerta del baño y volví al pasillo del restaurante, sentí que mis pasos eran un poco más firmes, que aunque el corazón siguiera siendo un territorio en guerra, al menos tenía una brújula que me apuntaba hacia el norte.

Y esa noche, el norte tenía los ojos de Paula y una risa que podía salvarme.

16

Mi regreso del baño se dio casi diez minutos después y cuando llegué a la mesa, Paula me esperaba preocupada. Tuve que tragarme los nervios y la culpa, apagar mi teléfono y guardarlo en el bolsillo más oculto de mi bolso. Quería centrarme en ella y lo iba a conseguir, aunque Alba estuviera constantemente en mi mente.

Después de la cena, Paula y yo decidimos prolongar la cita tomando algo en otro lugar. Caminamos por las calles iluminadas de Salamanca, donde la arquitectura histórica se mezclaba con la vitalidad de los estudiantes llenando las terrazas y bares. Yo no prestaba atención a nada porque me era imposible ver algo más que no fuera a ella. Paula brillaba y yo me sentía como el gatito de Shrek abriendo los ojos más y más y más.

Paula entrelazó sus dedos con los míos y de pronto, me vi compartiendo con ella mucho más que una cena como esta. Y me asusté porque con Alba, a lo mucho, me había imaginado follando como lo habíamos hecho justo ayer.

Nos detuvimos frente a un bar acogedor llamado Café Niebla.

—¿Te apetece entrar aquí? —preguntó, señalando la puerta del local.

Asentí con una sonrisa nerviosa, y juntas cruzamos el umbral. El interior estaba decorado con estanterías de libros y fotografías antiguas, creando una atmósfera bohemia. Nos acomodamos en la barra cerca del pequeño escenario donde un músico tocaba suavemente la guitarra.

Paula pidió dos copas de vino tinto, y mientras esperábamos, me miró con seriedad.

—Ana, lo que te dije hace unos días es cierto —comenzó, su voz suave pero firme—. Me gustas y me gusta la idea de que lo nuestro vaya a más.

En aquel momento sentí una punzada en el estómago y unas ganas de vomitar terribles. La culpa me carcomía por dentro, Alba y el recuerdo de su cuerpo restregándose con el mío me taladraba la mente y no podía seguir haciendo esto, no cuando sabía que, para Paula, nuestras citas eran tan reales como serias e importantes.

—Paula yo…

Ella sonrió y se acercó más a mí. Me miró a los ojos, me observó los labios y mi neurona, la última viva que me quedaba, consciente de lo que tenía delante, actuó.

La sujeté de la mejilla y la besé. La besé con todas las ganas que se me habían atravesado el día que nos conocimos por primera vez, cuando nos despedimos y me guardé su teléfono en el bolsillo, una hora antes de que Alba apareciera con esa seguridad y ese sabor a sexo sin control y peligro.

—Dime que quieres esto tanto como yo —susurró, con su aliento rozando mis labios—. Dime que…

Ya nos habían servido las copas y dejó de interesarme el vino. Volví a besarla en un beso profundo, torpe y deseoso. Todas mis dudas se desvanecieron. También Alba y su mensaje. Y cuando nos separamos, Paula sonrió.

—Creo que esto responde a mi pregunta.

—¿Tú crees?

Ni yo sabía lo que quería, pero Paula parecía haber descubierto algo que ni yo conocía. Me giré, sujeté mi copa y le di un sorbo largo con el que calmé el torbellino de emociones que giraba dentro de mí.

La noche continuó, y después de un par de canciones, decidimos salir del local. Si Alba hubiera sido mi acompañante, habría sido directa y concreta. Pero Paula era todo lo contrario, más clásica pero no por eso menos discreta.

—¿Te apetece pasar la noche en mi casa? —me ofreció mientras nos acercábamos a una parada de taxi.

Lo deseaba. Aunque eso me metiera de lleno en más problemas de los que ya tenía.

—Estaba esperando que me lo preguntaras.

—Si lo llego a saber, lo hago antes.

El teléfono vibró de nuevo en mi bolsillo y aunque sentí curiosidad por saber qué clase de mensaje había escrito Alba esta vez, busqué los labios de Paula y la besé de nuevo. Sin suavidad, queriendo encerrarme en su mundo y desaparecer hasta la mañana siguiente. Queriendo borrarlo todo, y por qué no, dejar de ser una idiota con pintalabios con una vida amorosa que parece una telenovela barata.

No fue un beso tímido. Fue uno de esos que arden. Que dicen cosas que no te atreves a pronunciar en voz alta. Que piden una oportunidad, aunque no sepas si te la mereces.

Cuando me separé, ella me miraba como si hubiera encontrado algo.

—Vaya —dijo, sonriendo.

—¿Vaya bien o vaya regular tirando a desastre emocional?

—Vaya “si no me freno, me enamoro esta noche”.

—Entonces no te frenes.

Y el móvil volvió a vibrar, pero me dejó de importar.

17

El taxi olía a cuero viejo y a ambientador barato, pero nada de eso me importaba porque tenía a Paula tan cerca que podía sentir su perfume envolviéndome, acariciándome la piel como si fuera ella misma la que me tocaba. Olía a rosas, sí, pero no esa clase de rosas que plagan las floristerías del mercado, no. A rosas con estilo, con carácter, con pasión… rojas, perfectas, elegantes y atractivas. Una mezcla de pecado y calidez. Como si el peligro del fuego se disfrazara de ternura y amor.

Y yo… yo estaba atrapada entre el deseo de desarmarla y la culpa, entre lo que deseaba hacerle, lo que había hecho y lo que debería estar haciendo. Mi bolso descansaba sobre mis piernas y podía sentir el teléfono arder, no solo por la vibración constante de los mensajes, sino por la tensión que me generaba al no haberlos leído. Estaba segura que era Alba, su impaciencia y su maldita manera de tenerme controlada.

Paula estaba pegada a mí, con su muslo rozando el mío en ese espacio diminuto del asiento trasero. No me atrevía a sacar el móvil porque si desviaba la mirada, podría poner su atención en él y no quería que supiera nada. No en este momento ‘aparentemente’ tan perfecto.

Pero mis nervios me traicionaban. Las manos me temblaban mientras estrujaba el bolso y rodaba los ojos intentando no pensar en Alba, y mucho peor, darle el gusto de formar parte de una cita que solo debía ser de Paula y mía.

—¿Estás bien? —me preguntó Paula en voz baja, girando un poco la cabeza hacia mí—. Pareces… no sé, distraída.

Yo la miré, sorprendida de que pudiera percibirlo. No era solo aguda. Era intuitiva y eso era jodidamente peligroso teniendo en cuenta mi posición. Mi madre, mi abuela y mi hermano tenían razón: jugar a dos bandas era peligroso, y yo estaba sufriendo las consecuencias.

—Claro que estoy bien —respondí enseguida, sonriendo con rapidez —. Solo… me pone un poco nerviosa esto. Tú, la noche, lo que pueda pasar.

Ella arqueó una ceja, divertida.

—Si no estás muy convencida, podemos dejarlo.

Su insinuación me cayó como un cubo de agua helada encima, aunque su tono no era acusador, sino suave, honesto y directo, como todo lo que venía de ella.

Tragué saliva y no dudé ni un segundo más.

—Claro que quiero esto —le dije, mirándola a los ojos—. Te quiero a ti.

Y en ese instante, no sé si lo dije por ella o por mí. Tal vez por ambas. Pero lo dije, y bastó.

Paula no dijo nada más. Solo se acercó, sin prisa, y me besó. Fue un beso distinto. Nada que ver con los que nos habíamos dado en la calle. Este era lento, profundo, seguro. Como si ella supiera exactamente lo que quería de mí, y no tuviera miedo de tomarlo.

Yo me dejé llevar. No había otra opción. El mundo se redujo a su boca, a sus labios que se movían con firmeza, a su mano que me acariciaba una de las piernas como si me conociera desde siempre y supiera donde tocar para atraparme. Y durante ese beso, por primera vez en toda la noche, Alba desapareció y también todos sus mensajes.

Cuando se apartó, lo hizo con una sonrisa en los labios. Esa sonrisa suya que era capaz de desarmarme en segundos.

—Llevo deseando este momento desde la noche que nos conocimos —susurró.

Y yo sentí un nudo en el estómago porque esa noche también lo había sentido, y porque lo que vendría después… podría ser un punto de no retorno, y mi sentencia de muerte. Dormir con Paula, acostarme con ella, cruzar esa línea, significaba meterme de lleno en una relación abierta y por

lo poco que la conocía, y por lo mucho que me había confesado, a Paula no le gustaría nada.

El taxi se detuvo frente a su edificio. Paula sacó su tarjeta y pagó sin decir mucho. Yo aproveché su distracción para salir del vehículo y sacar el móvil a escondidas. Tenía muchos mensajes, pero el último captó gravemente mi atención:

Alba:
Espero que no estés haciendo nada de lo que te puedas arrepentir.

El corazón me dio un vuelco. Miré alrededor como si pudiera encontrarla entre las sombras, como si ella estuviera ahí, vigilándome. ¿Acaso sabía dónde estaba? ¿Me estaba volviendo paranoica? Traté de tragar el miedo, de hacer que no se notara, pero me quedé quieta un segundo demasiado largo.

—¿Pasa algo? —preguntó Paula al volver a mi lado.

—No, nada —respondí rápido, guardando el teléfono como si quemara—. Solo pensé que me había dejado algo en el taxi, pero no. Todo va bien.

Ella me miró con curiosidad, ladeando un poco la cabeza, pero no insistió. Me tomó la mano otra vez, y avanzamos hacia la puerta del edificio. Dimos unos pasos más y casi al borde de la entrada, la vi. Al otro lado de la calle, parada bajo una farola, una silueta femenina. Morena. Delgada. Observando con intensidad.

Mi corazón se detuvo un segundo. Parpadeé. La figura seguía allí. Pero no se movía. Era como una aparición fantasmal, una sombra con forma de recuerdo y me detuve en seco frenando a paula en el acto.

—¿Ana? —dijo ella, girándose hacia mí.

Yo pestañeé otra vez. Y la silueta ya no estaba. O tal vez nunca estuvo. Tal vez fue solo mi culpa tomando forma para atormentarme.

—Nada, nada —murmuré, obligándome a sonreír—. Ya estoy. Vamos.

Y seguí caminando. Seguí a Paula. Porque no sabía qué más hacer. Porque en ese momento, solo ella parecía real. Todo lo demás podía esperar.

Incluso Alba, incluso yo y toda mi jodida confusión.

18

Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda, de esos que no tienen explicación física pero que te sacuden hasta el alma. Sabía que nadie me estaba siguiendo, que esa figura en la acera podía haber sido un mal juego de luces, una ilusión provocada por el alcohol o la ansiedad. Pero aun así… no me sentía segura. Ni conmigo ni con mis decisiones.

Mi cabeza me estaba jugando una mala pasada. O tal vez era simplemente la consecuencia lógica de actuar como una imbécil en un proceso de revolución emocional: decirle a una mujer que la quería mientras me estaba follando a otra era una locura, y a la vista estaba de que yo no estaba en mis cabales. Paula quería algo serio conmigo, algo real, una relación estable. Me lo había dejado claro sin rodeos, sin disfraces. Me ofrecía estabilidad, ternura, una posibilidad sincera de un futuro juntas, a pesar de que nos hubiéramos conocido hace nada. Y yo… yo estaba en medio de un bosque incendiado, atrapada entre el deseo por dos mujeres y las consecuencias de jugar entre dos extremos.

Paula no lo notó. O quizá sí, y simplemente decidió no enfrentarlo en ese momento. Me tomó la mano con suavidad y tiró de mí hacia el interior del edificio con esa sonrisa serena que tanto me encantaba.

—Vamos.

Sus dedos eran cálidos, su contacto directo, íntimo sin ser invasivo. Pero algo dentro de mí se tensó. Era como si cada paso hacia su portal me empujara un poco más hacia el borde de un precipicio emocional. Mi cuerpo quería seguirla. Quería hundirme en su calor, descubrir su cuerpo entre las sábanas. Pero mi mente era una tormenta en plena ebullición. Una batalla entre lo que tanto ansiaba y lo que me atormentaba.

Una vez dentro sentí la urgencia de mirar hacia atrás. Me giré casi sin querer, buscando en la acera esa sombra que me había paralizado antes. Pero no había nadie. Solo la calle iluminada por farolas, los otros edificios

contiguos y el sonido lejano de una moto en la distancia. Me dije a mí misma que no había rastro de Alba, que ella no podía estar allí. No era posible pero mi corazón no se lo creyó del todo.

Mientras esperábamos al ascensor, Paula rompió el silencio con una voz suave, casi tímida.

—Estaba pensando… que podrías pasar aquí la noche. Si te apetece, claro.

Sus palabras me devolvieron de golpe al presente. A lo que estaba pasando y posiblemente pasaría. A su mano que todavía sostenía la mía. Y a esa invitación que no sonaba a presión, sino al deseo real de compartir todo esto conmigo.

Y algo dentro de mí… se quebró y actué por impulsividad, por torpeza. Fue un acto fruto del puro caos que cargaba dentro de mí. Me separé y dejé de tocarla como si su mano me quemara.

—Creo que es mejor que me vaya a casa.

No la miré cuando lo dije. Solo escuché el sonido de la frase en el aire, la forma en la que se quedó colgando entre nosotras como una bofetada mal dada.

Ella se quedó en silencio unos segundos. Y de pronto, llegó la confusión.

—¿Por qué? ¿No quieres? ¿O es que no te gusto?

Entonces la miré, con esa sensación pegajosa de la culpa apretándome el pecho. No tenía una buena respuesta. No una que pudiera darle sin herirla en el transcurso. Me sentía como una idiota. Me gustaba Paula. Me gustaba de verdad. Pero Alba… Alba tenía algo que me desarmaba, que me revolvía las entrañas y que, por mucho que intentara ignorar, no desaparecía.

—No es por ti —dije, y sonó tan cliché que me dieron ganas de darme un puñetazo a mí misma—. Solo… tengo la cabeza hecha un lío. No quiero arrastrarte a hacer nada si no estoy segura.

Paula bajó la mirada un segundo, respiró hondo y luego me miró directamente, con esa mezcla de sorpresa, seguridad y dulzura que solo ella

sabía conjugar.

—Está bien. No voy a presionarte. Pero dime algo… ¿estás huyendo de mí o de lo que sientes?

Y esa fue la puñalada. No porque fuera directa, sino porque era certera, como un dardo golpeando de lleno en mitad de la diana. Ella sabía exactamente dónde estaba el problema. Y lo dijo sin crueldad, sin dramatismos. Solo con esa claridad que dolía más que cualquier grito o discusión que pudiéramos protagonizar.

Yo no supe qué responder. Me quedé ahí, parada frente a ella, sintiendo que el suelo se abría bajo mis pies tragándome sin auxilio posible. Tenía mil cosas que decir y ninguna que sirviera. Y lo peor fue que ella no esperó una respuesta. Se inclinó hacia mí, me dio un beso rápido en la mejilla, casi como un adiós, y murmuró:

—Cuando estés preparada para esto, llámame.

Luego se giró y caminó hacia el ascensor sin mirar atrás.

Me quedé quieta unos segundos, como si el tiempo se hubiera detenido solo para mí. Después salí del edificio, con pasos torpes, sintiéndome más perdida de lo que ya estaba. La calle estaba tranquila, pero no era paz lo que sentía. Era otra cosa. Un temblor invisible, como el prólogo de la llegada de un terremoto que va a acabar por derrumbarlo todo.

Y entonces la vi. A unos metros de distancia, de pie junto a su moto, con el casco en la mano y esa sonrisa que siempre decía más de lo que debía.

Alba no se movió. No dijo nada. Solo me miró con esa expresión triunfal, como si supiera que algo dentro de mí se había descompuesto. Como si ella supiera que yo no iba a quedarme esta noche con Paula.

Y por un segundo, me odié por no poder evitarla. Y luego… solo quise correr para ahogar mis penas con ella en la cama.

19

Estaba cometiendo una estupidez. Yo lo sabía, mi familia lo sabía y toda Salamanca lo tenía claro. Estar con dos mujeres a la vez era una locura. Esa clase de locura que uno hace cuando se le ha ido por completo la cabeza y es incapaz de controlarse.

Había rechazado pasar la noche con Paula porque la culpa por haberme acostado con Alba estaba tan presente que no podía hacer como si nada. Me sentía horriblemente mal, las manos me temblaban y tenía el corazón acelerado. Y la situación que estaba viviendo no me ayudaba en nada.

Alba estaba ahí, con esa chaqueta de cuero que parecía formar parte de su piel, con esa camiseta ajustada que dejaba entrever sus pechos, con esa sonrisa torcida con la que me lanzó la caña y me pescó el primer día. Por ese entonces era un puto caos emocional… y seguía siéndolo. Nadie, absolutamente nadie, en su sano juicio habría huido de Paula, pero yo no estaba bien, era una realidad. Porque solo pensaba en el cuerpo de Alba retorciéndose encima del mío, en su boca entre mis piernas y en cada gemido que me había robado.

Nada. Ni siquiera la cita, la conexión que tuve con Paula y sus palabras me había impedido pensar en Alba. Ni siquiera los besos que nos habíamos dado, ni su honestidad, ni el tono de su voz cargado de seguridad y ternura. Alba me hacía perder el control y cuando tenía a Paula cerca, mi cuerpo desconectaba de mi mente y se encendía solo al recordar a Alba empotrándome contra la cama.

Ahora, verla ahí, esperándome, como si me hubiera leído la mente, me tenía paralizada. No sabía si echar a correr, subirme en el primer taxi y desaparecer. O cruzar la calle y lanzarme a su boca como si no hubiera otra cosa en el mundo que quisiera más.

Ella no se movió. No hizo el amago de caminar. Tampoco gesticuló nada. Solo me miraba y controlaba como siempre. A sabiendas de que mi cuerpo, mis ganas y mi mente eran suyos.

Di un paso, luego otro, y en un par de segundos ya estaba cruzando la calle.

Alba me recibió sin decir nada. Solo alzó una ceja y, como si no necesitara permiso, me besó. Su boca cayó sobre la mía con urgencia, con deseo. En mitad de la noche. Sin preocuparse por quién pudiera vernos, sin pensar en nada que no fuera ese beso.

Y yo le respondí. Con las manos aferradas a su chaqueta, con el cuerpo pegado al suyo, con la necesidad latiéndome en la garganta.

Todo iba bien hasta que mi móvil vibró en mi bolso e instintivamente, supe quién era. Quise ignorarlo, pero no pude y a la segunda vibración, me aparté de los labios de Alba con el pulso acelerado.

Paula:
Creo que el haberte dicho que quería algo serio contigo, ha sido un error. Al parecer identifiqué mal las señales. Perdóname por ser tan impulsiva.

Leí el primero y sentí que algo dentro de mí se estrujaba.

Paula:
Espero que podamos hablar pronto. Ten una buena noche, Ana.

Su sinceridad, su calma, la forma en la que había aprendido a conocer cada rincón de mí sin que ni siquiera me hubiese esforzado por mostrárselos…

Alba pegó sus labios a mi cuello y todo se volvió opaco, como si la bruma fría y espesa de la noche nos engullera. Sus besos, su lengua rozando mi piel, su maldita forma de hacer que el mundo desapareciera.

—Deja de leer el teléfono —susurró entre mordiscos suaves—. Y vámonos a tu casa.

Mi cuerpo se estremeció. Respondía a ella como si estuviésemos unidas por una cuerda. Pero entonces me di cuenta de algo: Alba me quería por el sexo, por el control que ejercía sobre mi cuerpo. Paula…

Mis ojos se desviaron hacia el edificio del otro lado de la calle. A la casa de Paula que estaba iluminada y me aparté como quien se aparta del peligro.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Fruncí el ceño y me recompuse. Intenté ordenar mis pensamientos y levanté las manos cuando ella se acercó a mí de nuevo.

—Alba… —dije. Mi voz sonó firme, aunque por dentro temblaba—. No sé qué estás haciendo aquí ni cómo has sabido dónde estaba, pero esta noche no me iré contigo a ninguna parte.

Ella me miró con una ceja en alto.

—¿Piensas dejarme con el calentón?

—Un pajarito me ha dicho que tus manos son una maravilla —le dije ironizando—. Pasa una buena noche. Te prometo que nos veremos pronto.

Esta vez no esperé respuesta. Controlé la situación y me di la vuelta, crucé la calle de nuevo y conforme daba pasos marqué el número de Paula con el puso desbocado.

Me llevó cuatro tonos de llamada hasta que respondió:

—¿Ana? ¿Qué pasa?

—Ábreme la puerta. He cambiado de idea.

Casi podía escuchar su corazón latiendo al otro lado del teléfono y cuando llegué a su piso, no dije nada. Solo me lancé contra ella y la besé con fiereza, con necesidad, con deseo. Porque esta vez, yo también deseaba que lo nuestro fuera de verdad.

20

Le di un portazo a la puerta con la seguridad de que desperté a los vecinos. Pero no me importaba, nada lo hacía salvo la mujer de pelo negro que se aferraba a mi cuerpo como si lo necesitara para vivir.

Las luces del salón estaban a media intensidad, lo justo para envolvernos en una penumbra íntima que nos permitía vernos, como si el mundo se hubiera reducido a ese pequeño espacio y solo existiéramos las dos. La cortina se balanceaba con la corriente que entraba por el balcón. Todo olía extrañamente a cereza, pero yo estaba tan perdida en Paula que mis pensamientos eran pura calma y silencio.

Nos devoramos. Yo no sabía si era por la ansiedad acumulada, el deseo o el impulso irracional de borrar con besos todo lo que había pasado con Alba en la calle, pero no podía dejar de tocarla. El tacto de los labios de Paula contra los míos era suave, jugoso y firme al mismo tiempo, su lengua se deslizaba con precisión, bailando, despertando, tanteando, encendiéndome.

Habíamos acabado en el sofá de alguna manera, sin planearlo. Yo sentada, ella sobre mí con sus piernas rodeando mis caderas, con su cuerpo caliente presionado contra el mío.

Ya no llevaba puesta la ropa que había usado en nuestra cena y su pelo liso caía sobre sus hombros cubriendo un pijama gris casual que me dejaba ver sus muslos y ese ombligo con el que quise —en algún momento— ponerme a jugar.

Mis manos estaban por todas partes. La tenía sujeta del culo, jugaba con sus pezones, arañaba su espalda y le presionaba la cintura. Paula se movía como si supiera exactamente el efecto que tenía sobre mí, como si hubiésemos follado antes y conociera esos lugares sensibles que se encontraban por todo mi cuerpo.

Su boca descendía lenta por mi cuello, pausada, con esa intención clara de saborearme, no de engullirme. De hacerme sentir todo, milímetro a milímetro.

Era diferente. Todo lo que el sexo con Alba había tenido de frenético y ardiente, con Paula se transformaba en algo casi sagrado. Era un baile lento, paciente, de esos que no buscan saciar el hambre, sino alimentarla. Cada caricia, cada beso, cada roce estaba medido para que se quedara grabado en piel como un tatuaje invisible.

Paula se entregó a mí por completo. Me besaba como si no tuviera miedo, sin esperar nada a cambio, como si besarme y tocarme fuera simplemente una forma más de respirar. Me desarmaba y al mismo tiempo me quemaba. El ritmo era tan lento y tan emocional, que era capaz de despertar en mí cosas que no entendía o no quería entender en ese momento. Yo no podía con tanta emoción, necesitaba sentirla de otra forma y en un momento en el que su boca aún estaba enredada en la mía, bajé una mano y la metí entre sus piernas.

No hubo sutilezas. Mis dedos se deslizaron entre los labios de su sexo como si se me fuera la vida en ello y los enterré en su carne soltando un gemido ronco y poderoso. Paula jadeó y se tensó contra mí, echando la cabeza hacia atrás. Sus caderas se movieron instintivamente mientras yo la follaba, buscando más, abriéndose más. Yo la observaba completamente absorta, completamente ida.

Paula era preciosa sí, pero así era una diosa. Vulnerable, expuesta a mis dedos, a mi deseo, a esa parte de mí que no conocía de pausas. La miré mientras la follaba y juro que hubo un momento —un segundo exacto— en el que todo se detuvo.

No nuestros cuerpos. Se detuvo el miedo, la incertidumbre y las dudas. Y eso me enredó mucho más. Porque al ver mi reflejo en sus ojos, al sentir su piel bajo mis dedos, al escuchar su respiración rota contra mi oído, algo dentro de mí se desencajó. Algo más allá del deseo. Un aleteo suave en el pecho.

Lo que estaba ocurriendo no era solo placer y necesidad, era otra cosa y me asustó tanto que decidí no pensar demasiado en ello y aferrarme a las sensaciones. La hice gemir, gritar mi nombre, suplicarme por más.

Nos dimos la vuelta, caímos de lado en el sofá, riéndonos entre jadeos y besos desesperados. Me deshice de su ropa y ella de la mía como si lleváramos toda la vida aprendiendo a hacerlo y el sofá fue testigo de todo.

De cómo follamos con el corazón en la garganta.

De cómo nuestras manos se aferraban una a la otra en medio del placer.

De cómo nos besábamos con la intensidad de quienes están dedicándole el mundo a otra persona.

Y cuando terminamos, el silencio se impuso. Yo seguía con la cabeza apoyada en su pecho, sintiendo cómo bajaba su respiración, intentando calmar la mía. Fue entonces que lo supe: estaba más enredada que nunca.

Porque ya no solo estaba con dos mujeres. Ahora, las dos me hacían sentir cosas distintas. Y no tenía ni idea de cuál de esas versiones de mí me gustaba más.

21

Desperté a la mañana siguiente, con la luz del amanecer colándose por la ventana del dormitorio. Me sentía agotada, algo dolorida y con una paz en el corazón que no sentía desde hacía días. Durante unos segundos no supe dónde estaba. Me llevó apenas un parpadeo recordar la noche anterior, lo que pasó en el salón, en el sofá. El recuerdo de nuestros cuerpos desnudos, de nuestras bocas hablando sin palabras. Sentí la calidez del cuerpo de Paula a mi lado y, cuando giré la cabeza, la vi.

Dormía a mi lado, con el pelo revuelto. Estaba abraza a su almohada, con los labios entreabiertos y esa expresión serena que solo alguien que se siente a salvo puede tener.

Me entretuve mirándola, observando los lunares que caían como una lluvia de estrellas sobre su mejilla izquierda. Tenía las mejillas rosadas por el calor y tuve la necesidad de acariciarle la piel. Pero no lo hice porque algo me golpeó por dentro.

El miedo.

No fue un miedo simple, ni uno fácil de entender. Era una mezcla de culpa, de inseguridad. Estaba cavando mi propia tumba y tenía una pata dentro y la otra fuera. Paula significaba mucho, más de lo que estaba lista para aceptar. Pero estaba Alba y el control que ejercía sobre mí, y eso no podía seguir así. Tenía que zanjar esta situación, tenía que encontrar la manera de dar carpetazo a esta locura y sentarme a pensar las cosas con la cabeza bien fría.

Me incorporé con cuidado, tratando de no despertarla. Su respiración seguía acompasada cuando me puse en pie, y eso me alivió. Me escabullí con sigilo del dormitorio, buscando mi ropa que estaba esparcida por todo el salón. Cada prenda que me ponía me hacía sentir que estaba traicionando sus emociones y cuando acabé, el corazón me latía con fuerza. Me sentía como una ladrona huyendo de algún lugar sagrado.

Cuando encontré el resto de mis cosas, caminé de pies puntillas hasta la puerta y cuando mis dedos sujetaron el pomo y abrí la puerta, la escuché.

—¿Ya te marchas?

Me paralicé. Cerré los ojos y suspiré. *"Mierda"*.

Me giré despacio, con algo de miedo, fingiendo una sonrisa tranquila. Ella llevaba una sábana cubriendo su cuerpo desnudo y su mirada… estaba confusa y herida. Y no la culpaba.

—Paula…

—¿Pensabas irte sin más? —preguntó, con su voz en un susurro, pero cargada de decepción—. ¿Otra vez huyendo?

Quise responder, quise explicarme, pero lo único que salía de mi boca era aire. Podía mentir, hacerlo de nuevo como ya lo había hecho días atrás, pero la culpa me oprimía el pecho y me dejaba sin respiración.

—No estoy huyendo —mentí, aunque ambas sabíamos que sí.

Paula, había aprendido en poco tiempo a conocerme tan bien como a ella misma.

—Entonces explícame por qué te vas, así como si nada —dijo y se cruzó de brazos—. ¿Lo de anoche no ha significado nada para ti?

Sentí como si una soga invisible me apretara el cuello. Bajé la mirada. No podía decirle la verdad de lo que me pasaba. No podía mirarla a los ojos y contarle que había otra mujer rondándome la cabeza, el cuerpo… y las ganas.

—Solo… necesito pensar.

—¿Pensar? ¿En qué?

Me llevé una mano al cuello y otro suspiro se me escapó de entre los labios.

—Necesito tiempo, Paula. No me preguntes nada más ahora, por favor.

La vi dudar y contuve la respiración mientras rezaba porque no me pidiera más explicaciones. Ella siempre había sido paciente, esperaba que también lo fuera en ese momento.

—Está bien. Te daré el tiempo que necesites. Pero te pido una sola cosa.

La miré, con los ojos ardiéndome.

—No me mientas. No vuelvas a mirarme a los ojos y decirme que no estás huyendo cuando lo estás haciendo. Quiero sinceridad. No quiero convertirme en la parte tonta de la relación que no se entera de nada y acaba quedándose sola.

Algo se me rompió por dentro. No merecía su paciencia, ni sus ganas, ni sus intenciones. Pero no podía seguir arrastrándola a mi propio desastre. Tenía que frenar todo lo que estaba pasando porque ya no solo me afectaba a mí. Podía herir a dos personas que se habían visto envueltas en un problema que tenía mi nombre y apellidos.

Me acerqué a ella, lenta, temblando por dentro, y la besé. Fue un beso suave, triste y cuando me separé, susurré:

—Te prometo que lo haré.

Y me fui.

Sin decir nada más y, sin atreverme a mirar atrás.

22

Lo primero que hice al salir de la casa de Paula, después de ese beso triste, firmado con una promesa que ni siquiera sabía si iba a poder cumplir, fue entrar en el ascensor y sacar el móvil de mi bolso. No me detuve ni un segundo. Ni siquiera respiré. Busqué el chat con Alba y no lo pensé demasiado.

Yo:
¿Dónde nos vemos? Necesito hablar contigo.

Se lo envié con rapidez, sin darme opción para echarme atrás y en cuanto pude ver el doble check iluminado, me apoyé en la pared metálica del ascensor sintiendo el reflejo frío en la espalda. Me temblaban las manos. Me sentía como en esos dibujos animados en los que dos personas estiraban de una cuerda y esta comenzaba a romperse. El corazón me palpitaba con rapidez y no sabía exactamente por qué.

El móvil me vibró y cuando lo sujeté, el mensaje de Alba me sacó de quicio.

Alba:
¿Ahora quieres verme? Cuánta desesperación.

Cerré los ojos, apreté los dientes y me masajeé una sien intentando calmarme. Alba sabía cómo ponerme de los nervios y estaba jugando a ello. Yo no estaba para estas tonterías. No después de la noche que había pasado con Paula y de todo lo que había significado.

Yo:
No estoy jugando, Alba. ¿Dónde nos vemos?

No hubo más respuesta que una ubicación. Una cafetería situada cerca del centro, con ese ambiente indie relajado en el que podías dejar pasar las horas.

Tendría que haber pasado por casa, pero no lo hice. Llevaba el aroma a rosas de Paula pegado a mi piel y la sensación de sus labios deslizándose

por mi cuello.

Paré un taxi, me metí dentro y recité la dirección con la voz aún áspera, aún cargada de todo lo que no había sido capaz de contarle a Paula y que pesaba en mis costillas como un bloque de hormigón armado.

Durante el camino no dejé de darle vueltas a lo mismo: ¿qué demonios estaba haciendo? ¿Iba a terminar con esta situación? ¿Iba a enfrentar a Alba y decirle que no podía seguir con ese juego porque Paula me había hecho sentir algo? ¿O iba, simplemente, a buscar una excusa para verla una vez más y alimentar el caos en el que me había metido yo solita?

No tenía respuestas. Solo la sensación de tener dos manos sujetándome el cuello, asfixiándome. Una sensación de ansiedad que me apretaba el pecho y me impedía seguir adelante.

El corazón me latía en la garganta cuando me bajé del taxi. Desde fuera, la cafetería parecía tranquila, con sus luces cálidas y las mesas de madera. No tardé mucho en dar con ella. Alba estaba sentada en la barra, dándole vueltas al café con la cucharilla como si no tuviera ni una sola preocupación en la vida.

La odié un poco por eso. Por parecer tan en paz mientras que yo me sentía como si me estuviera rompiendo por dentro. Porque ni siquiera había podido desahogarme con el tema del trabajo.

Abrí la puerta y me acerqué. Ella levantó la vista justo antes de que me sentara en el taburete de al lado y sonrió.

—Ya sabía yo que no ibas a tardar en venir a buscarme en cuanto te despertaras —me dijo, con esa sonrisa se suficiencia que odiaba ver en todos, incluso en ella—. ¿Quieres un café?

—No gracias. Solo vengo a hablar.

—Qué lástima —soltó con ironía—. Y yo que pensaba que estabas aquí porque no habías podido sacarme de tu cabeza esta noche. Por cierto, ¿qué tal te lo pasaste en la cama con tu novia?

“Novia.”

La forma en la que pronunció esa palabra fue un disparo directo al corazón. ¿Cuándo había sacado esa conclusión? ¿En qué momento había dejado yo entrever que Paula era mi novia?

Me reí sin ganas. Como se ríen las personas que están perdiendo la cabeza.

—¿Estamos jugando al "a ver quién se folla mejor a Ana"? ¿Eso es lo que esto es para ti? —gruñí.

—Para mí, no, para ti —me señaló—. ¿O es que no te das cuenta de que eres tú la que está poniéndonos en una balanza a las dos?

La miré dolida, irritada, confundida.

—A mí estos juegos no me gustan, Alba.

—Pues para no gustarte… —respondió con calma, volviendo por fin sus ojos hacia mí—. Se te da bastante bien, ¿no crees?

Y ahí estaba. Esa manera retorcida de revolver las cosas para hacerme sentir culpable de todo lo que estaba sucediendo.

Lo peor de todo es que tenía razón. Había follado como nunca con Alba, y había permitido que Paula, con esa ternura y dulzura, despertase algo en mi pecho que tenía nombre y no quería reconocer. Había dejado a Paula en su apartamento, había huido por miedo a consolidar una relación que no sabía si iba a ser capaz de llevar.

Y ahora estaba aquí, frente a Alba, buscando no sé el qué.

Redención, tal vez.

Una explicación.

O una excusa.

—¿Qué hacías esta madrugada frente al edificio donde vive Paula? —pregunté, al fin.

Alba sonrió.

—A veces me gusta caminar.

—Te recuerdo que ibas con la moto —dije tajante—. ¿Me vas a contar la verdad?

—¿O qué? ¿Me la sacarás a mordiscos? Porque sabes que me gustan demasiado.

La mano de Alba se deslizó entre mis muslos y estuve a punto de caerme del taburete al apartarme. Era la primera vez, desde que nos conocimos, que había huido de su tacto.

—Es posible que haya usado mi trabajo para seguirte —confesó y yo abrí los ojos sorprendida—. Cuando supe dónde estabas, me monté en la moto y fui hasta allí. Te vi bajar del taxi, os vi muy acarameladas y me cercioré de que supieras que estaba allí.

La frialdad con la que lo dijo me heló la espalda.

—¿Eres consciente de que pareces una acosadora?

—¿Y tú eres consciente de que eso no fue lo que pensaste cuando me viste?

No supe qué decir. Alba tenía razón. Porque me pasé toda la noche pensando en lo que había ocurrido entre nosotras y cuando la vi, la única palabra que cruzó por mi mente no fue miedo. Fue deseo.

Alba apoyó los codos en la barra y se inclinó hacia mí.

—Dime… —susurró, su voz baja y peligrosa—. ¿Tu chica folla mejor que yo?

—¿Eso es lo único que te importa? —le solté.

—Me importa todo lo que tú no quieres admitir y me importa la razón por la que vienes a mí cada vez que huyes de ella.

—No estoy huyendo de ella.

—No, qué va, te faltan piernas para salir corriendo.

La rabia me subió por la garganta y las lágrimas, fruto de la frustración y todo lo que estaba sintiendo, empezaron a arderme en los ojos.

—Estoy hecha un lío, ¿vale? ¿Eso querías escuchar? No sé qué estoy haciendo. No sé por qué no puedo dejar de pensar en ti mientras Paula me hace sentir cosas que nunca había sentido antes.

—¿Y qué te hago sentir yo?

La pregunta me desarmó. La miré. Y por primera vez, vi una grieta más allá de su sonrisa segura.

—Tú me haces perder el control.

Alba bajó la mirada por un segundo y después, volvió a levantarla. Cuando nuestros ojos se cruzaron, ya no existía en ellos el fulgor de las bromas o el juego.

—Entonces te va a tocar elegir. Porque no se puede tener ambas cosas.

—No puedo hacerlo ahora.

Me levanté, sin saber si estaba huyendo o protegiéndome.

—Pero tendrás que hacerlo antes de que las dos acabemos odiándote.

Y con esa frase me giré y salir de la cafetería, con el corazón hecho un nudo y la certeza de que no podía seguir con esto mucho tiempo más.

23

No podía regresar a casa con la cabeza tan embotada como la tenía. Sabía que en cuanto atravesara la puerta, mi abuela saltaría con una de sus gracias y no tenía ganas de escucharla.

Decidí buscar un lugar en el que esconderme y no tardé demasiado en encontrarlo. Empecé a caminar sin rumbo fijo, con el peso de lo que sentía en mis pies, con el cuerpo cansado y la mente… la mente como un ovillo enredado. El sol se filtraba entre los árboles altos del Parque de los Jesuitas, y el aire cálido de la mañana no ayudaba a calmar el temblor interno que llevaba desde hacía días instalado en mi pecho. Tenía una botella de agua en la mano, medio vacía y tibia, igual que yo: deshidratada de respuestas, de sentido, de paz.

No sabía cómo había llegado hasta allí, pero el parque me ofrecía algo de silencio entre tanto ruido. Los niños que jugaban a lo lejos, las bicicletas que cruzaban los caminos de grava, incluso los pájaros que trinaban sobre mi cabeza… todo parecía estar donde debía estar. Todo menos yo. Yo era un lío. Un desastre absoluto imposible de solucionar.

Me senté en un banco, en una de las zonas más tranquilas, y me llevé la botella a los labios. El agua me supo a poco. A nada. Tenía el estómago encogido desde que salí de la cafetería, y la cabeza… la cabeza me iba a estallar.

Estaba rozando el límite y no podía seguir así.

No podía seguir sintiéndome partida en dos, desgarrada por la mitad entre Alba y Paula, entre el fuego y la calma, entre la intensidad y la estabilidad. Las dos me hacían sentir. Las dos despertaban cosas diferentes en mí, pero igual de profundas.

Y, sin embargo, el tiempo se agotaba.

Después de lo que había pasado, no podía negar que Alba tenía razón. Tarde o temprano tendría que tomar una decisión. Elegir. Apostar. Jugármela con una y soltar a la otra. Pero cada vez que pensaba en ello, sentía que parte de mi cuerpo se negaba a aceptarlo.

Intenté ponerlas en una balanza, aunque fuera solo mentalmente.

Alba era caos, deseo, adrenalina. Una corriente de energía que me arrastraba sin preguntarme si estaba preparada para recibirla, que me hacía sentir viva, sí, pero también agotada. Con ella todo era visceral, todo era un salto al vacío. Me conocía de una forma que me asustaba, me desnudaba incluso cuando me miraba.

Paula, al contrario, era paz, dulzura, profundidad. Era esa clase de mujer que te miraba como si supiera lo que vales incluso cuando tú no lo sabes. Con ella, el mundo se hacía más lento, más claro. Era ternura, pero también determinación y seguridad. Quería algo real conmigo, y me lo había dicho sin rodeos, sin miedo, con una certeza aplastante que me hizo temblar desde adentro.

¿Y yo? Yo estaba en medio de esas dos partes. En ese espacio en el que todo se siente al mismo tiempo y con la misma intensidad. Amor, deseo, culpa, miedo… más culpa, más necesidad.

El teléfono vibró en mi bolsillo y me hizo sobresaltarme.

Lo saqué sin pensar.

Paula:
No me gusta sentir que hay un vacío entre nosotras. Quiero verte, que hablemos y quizá así podamos arreglarlo juntas.

Tragué saliva.

Paula nunca fallaba, aunque a veces parecía tan desesperada como yo. Con su serenidad, con su paciencia, con su amor… Me había notado extraña, me había dejado ir de su casa sin forzarme a hablar, sin explicarle por qué huía y a qué le tenía tanto miedo. No sabía cómo explicarle que estábamos construyendo algo sobre las ruinas de una historia que estaba derribando a la vez que se construía. Ella, al contrario de Alba, no sabía la verdad y era por ello que me buscaba, me tendía la mano.

Yo no sabía qué hacer, qué decirle… solo podía mirar el mensaje sintiéndome más miserable que nunca. Estaba dejándome llevar por un juego peligroso del que, seguramente, alguien saldría muy dañado.

Después de unos minutos de silencio, decidí responder.

Yo:
¿Nos vemos en la cafetería cerca de tu trabajo a las doce?

Vi los puntos suspensivos del "escribiendo" aparecer durante unos segundos antes de que desaparecieran. No hubo respuesta por su parte. Solo el silencio y ese silencio me pesó más que todo lo que había pasado desde que desperté sumergida entre las sábanas de su cama.

Cerré los ojos, me recosté en el banco y respiré hondo. El cielo entre las hojas me pareció más lejano que nunca. El aire no bastaba para llenar mis pulmones y mucho menos para calmar lo que fuera que estaba sintiendo.

Sabía que, si me sentaba frente a Paula y le decía la verdad, no habría marcha atrás. El problema estallaría por los aires. No había manera de contar todo sin herirla, sin manchar todo lo bueno que habíamos construido, lo que habíamos empezado a sentir. Pero sabía, también, que no podía seguir ocultándoselo más. Ni a ella, ni a mí misma.

Me llevé una mano a la frente, cerrando los ojos con fuerza. El corazón me latía expectante, como si supiera que el final de algo —o quizás el principio— se acercaba. No sabía que iba a ocurrir, y no tenía claro cuál de las dos opciones era peor para mí.

—¿Y ahora qué demonios voy a hacer? —murmuré, en voz baja, notando el peso del mundo caerme encima.

No hubo respuesta.

Solo el canto de los pájaros, el rumor del viento entre los árboles, y mi propio silencio tratando de decirme lo que aún no quería escuchar.

24

Cuando llegué a casa, el peso de todo lo que estaba sintiendo me cayó encima con una fuerza que me robó el aliento y las ganas de todo. Atravesé el pasillo como un fantasma, sin saludar, sin mirar a nadie y me encerré en mi dormitorio, cerrando la puerta a mi espalda con más fuerza de la necesaria. Quería estar sola, o al menos eso creía porque lo único que necesitaba era que el mundo dejara de girar a mi alrededor como una peonza.

Me dejé caer sobre la cama boca arriba, con los brazos extendidos a ambos lados de mi cuerpo como si estuviera esperando que alguien viniera a arrancarme la angustia del pecho. Pero nadie lo hizo. Solo estaba yo y esa maraña de pensamientos. Me había transformado en un coctel formado por culpas y deseos mal combinados.

Miraba el techo sin poner atención en él, con el móvil en el pecho como si fuera una bomba a punto de explotar y llevarse mi vida. Aún estaba abierto y el último mensaje que le había enviado a Paula seguía ahí, en silencio.

Ella seguía sin darme una respuesta y el silencio me estaba matando. Paula, al igual que Alba, siempre me había contestado con una rapidez vertiginosa. Como si estuviera esperando a recibir algo mío. Pero esta vez era diferente y lo sabía.

Tocaron a la puerta una vez. Yo no respondí. Tocaron otra y entonces se abrió con el crujido suave de quien sabe que está metiéndose en terreno peligroso.

Era mi hermano.

—La abuela me ha dicho que había visto un fantasma entrar a tu cuarto.

Me giré para mirarlo. Mi abuela era capaz de decir cualquier cosa, pero esta vez él usaba la excusa para romper la poca paciencia que tenía en ese momento.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿No puedo preocuparme por mi hermana mayor? —preguntó con esa sonrisa burlona que tanto me sacaba de quicio—. Solo quería ver si seguías viva. ¿Dónde pasaste la noche? ¿Una de tus novias te echó a patadas de su casa o qué?

Bufé.

—Dani, no estoy de humor para tus tonterías.

—Uy, perdón, señora dramática. —Se sentó en el borde de la cama como si tuviera todo el derecho del mundo a invadir mi desastre emocional —. ¿Quieres hablar de ello o solo vas a mirar al techo hasta que se derrumbe de la pena de verte la cara que tienes?

Le lancé una almohada.

—Lárgate de aquí.

Él se rio, la atrapó al vuelo y la abrazó como si fuera un escudo.

—Oye, si necesitas que te esconda en el armario de mi habitación y finja que no sé dónde estás. Solo dilo.

—Dani, te lo juro…

—Vale, vale, ya me voy.

Se levantó, pero antes de salir, dejó caer una última frase:

—No dejes que ninguna de tus novias te rompa antes de que decidas con quién quieres estar.

La puerta se cerró detrás de él y me quedé mirándola, con la garganta apretada y el corazón a punto de explotar.

Miré el móvil otra vez. No había rastro de Paula y el pánico se coló por los bordes de mi cuerpo, lento pero constante, como el agua que se filtra

por una grieta.

Y entonces, sin pensarlo, le escribí otro mensaje.

Yo:
A lo mejor, en vez de un café, podríamos dar un paseo. No sé. Elige tú y nos vemos.

Lo envié y me arrepentí al instante. Estaba desesperada, era notorio que no podía con ese silencio y me arrepentí al instante por mostrarme de esa manera.

El móvil vibró y con las manos temblando, abrí la pantalla. Pero no era Paula. Era Alba y suspiré porque por mucho que me gustara, empezaban a cansarme sus tonterías.

Alba:
¿Aún sigues dándole vueltas? Vamos, no debe ser tan complicado.

Apreté los dientes.

Yo:
No me ayudas en nada insistiendo. Déjame en paz.

Lo envié sin filtro. La cabeza no me daba para más. Apagué la pantalla, metí el móvil bajo la almohada y me tumbé de lado, con las manos entre las piernas, como si así pudiera evitar que la confusión se expandiera más. Me sentía como esa adolescente que vivió por primera vez un desamor, como si todo en mi vida estuviera cayendo como un castillo de naipes.

Tenía que decidir si seguía en la agencia de viajes, y para colmo, lo que pensé que podía ser algo divertido, se estaba convirtiendo en un juego muy peligroso.

****

La noche cayó sin que me diera cuenta. Las luces del pasillo se apagaron, escuché los pasos de mi madre y la voz de mi abuela llamando a mi hermano para que bajara la música. Pero yo no me moví.

Me pasé la noche dándole vueltas a todo. No podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, recreaba ese momento con Paula en su casa, nuestra

despedida. El silencio de sus mensajes, el hueco vacío. Empecé a pensar que quizá, solo quizá, ya era demasiado tarde para arreglarlo. Que ella había tomado una decisión que yo no era capaz de tomar.

¿Qué tal si mi actitud la había herido más de lo que imaginaba? ¿Qué tal si estaba dolida, decepcionada y arrepentida de haberme dado tantas oportunidades?

Yo no quería hacerle daño. Nunca fue mi intención, pero lo hice igual.

Me dejé llevar por las emociones sin control, por el deseo, por la confusión. Me lancé a tener algo ardiente y loco con Alba, mientras me entregaba a Paula con miedo, sin saber si era capaz de darle esa estabilidad que ella deseaba.

Me estaba volviendo loca porque en este juego que tan mal se me había dado, había permitido que mi corazón… "*se enamorara"*.

Cuando la palabra apareció en mi cabeza, sentí que me faltaba el aire.

Me había enamorado de Paula y lo supe por cómo me asustaba su silencio, por cómo me sentía de ansiosa, por cómo, de pronto, el miedo a elegir había sido suplantado por el miedo a haberlo estropeado todo.

Cerré los ojos y respiré hondo. Alba tenía razón, era fácil elegir. Y, por primera vez en semanas, supe con certeza lo que quería. Ahora solo quedaba descubrir si aún estaba a tiempo de arreglarlo todo.

25

Desperté con la cabeza embotada y el cuerpo revuelto. No porque me hubiese bebido todas las cervezas que había en el frigorífico, sino por algo mucho peor: mis emociones. Estaba sufriendo una resaca emocional que me estrujaba el corazón, que me dejaba sin aire y sin respuestas. Me incorporé en la cama tras soltar un suspiro y lo primero que hice fue estirar la mano hacia el móvil.

Tenía una notificación de mensaje y para mi suerte, era de Paula.

Paula:
Lo siento. No puedo escaparme de la oficina hasta la tarde. Pero si quieres podemos vernos para la hora de la cena.

Me quedé mirando el mensaje sintiendo cómo un hilo de esperanza se me colaba por la espalda. Aún había una posibilidad. Aún estaba ahí, no se había ido del todo y no sabía cuánto tiempo iba a durar esa rendija de luz, pero iba a cruzarla.

Respondí sin pensarlo demasiado, aun con legañas en los ojos.

Yo:
Tengo el restaurante perfecto, te veo allí a las ocho.

Le adjunté la ubicación de un sitio discreto, bonito e íntimo. Uno que conocía bien, donde se podía hablar tranquilamente sin que el mundo entero te escuchara. Eso era lo que necesitábamos, hablar, y en lo personal, decir la verdad.

El estómago me dio un vuelco apenas envié el mensaje. Era como si algo se activara dentro de mí. Un reloj. Una cuenta regresiva que marcaba los segundos. Tenía pocas horas para preparar lo que iba a decirle. Cómo y con qué palabras.

Sabía que no podía cagarla. Sabía que, si no era sincera, si seguía escondiéndome detrás de mis dudas y mis miedos, la perdería.

Salí de mi cuarto arrastrando los pies. La casa olía a café recién hecho y a tostadas, y el murmullo de la televisión flotaba en el aire del salón. Al girar hacia la cocina, me topé con mi madre.

Ella me miró directamente a los ojos y no dijo nada de inmediato. Solo me observó, como si pudiera ver más allá de mis ojos.

—No hace falta que me digas nada —dijo al fin, con esa voz suya serena y firme que sacaba cuando estaba realmente preocupada—. Sé que por fin has elegido lo que quieres. Y que lo has hecho bien.

Me quedé quieta, sin saber qué decir. ¿Acaso tenía una pantalla en la frente donde podían leerse todos mis pensamientos?

—¿Cómo…?

—Porque te conozco, cariño —respondió simplemente, dándome una taza de café caliente—. Y porque he estado donde tú estás.

Nos sentamos juntas a desayunar. No hubo más palabras, y eso me alivió. No tenía fuerzas para justificarme ni fingir. El silencio fue amable, como si ella me estuviera diciendo que, pasara lo que pasase, ya había dado un paso. Uno de verdad.

La mañana pasó demasiado lenta. Mi ansiedad me impedía formar frases en mi mente con soltura y al final, decidí no darle demasiadas vueltas. Me duché dos veces. Me cambié de ropa otras tantas. Y al final, opté por algo sencillo, cómodo y casual. Me miré al espejo, y por primera vez en mucho tiempo, no vi a una chica dividida en dos. Vi a alguien que, con todo el miedo y la incertidumbre del mundo, estaba dispuesta a apostar por algo que no sabía si iba a funcionar.

Llegué al restaurante antes de tiempo y pedí una mesa junto a la ventana, no muy lejos de la entrada. El camarero me llevó hasta allí, y me senté, acomodando las manos en mi regazo para evitar que todo el mundo viera que me moría de la impaciencia. El corazón me palpitaba tan fuerte que podía escucharlo y solo miraba de aquí para allá esperando a Paula.

Cinco minutos después, entró, y mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Se me encogió el pecho, me temblaron las manos, pero cuando la vi sonreírme, una parte de mí descanso.

Ella caminó hasta la mesa y se sentó frente a mí, quitándose el abrigo y colgando su bolso en la silla.

—Siento haber tardado, ¿has esperado mucho?

Negué.

—Por todas las veces que me has esperado tú.

Paula me sonrió y cuando nuestras miradas se cruzaron, vi ese brillo especial que nunca había pasado desapercibido y que ahora, me atrapaba.

—Gracias por querer reunirte conmigo —dijo en cuanto se sentó—. Desde que te fuiste de mi casa, he tenido la sensación de que pasaba algo y...

La frase quedó flotando entre las dos y yo no dije nada. Solo asentí. Ella lo sabía, lo sospechaba y, aun así, estaba aquí, buscando respuestas a preguntas que yo no sabía ni que existían.

El camarero vino a tomar nota y cuando se fue, nos quedamos en silencio por varios minutos. Paula jugaba con la servilleta entre los dedos, bajaba la mirada, la subía de nuevo, y yo no sabía si quería que soltara ya lo que estaba pensando o que siguiera dándole vueltas para ganar tiempo.

—He estado pensando en lo que ha pasado… en ti, en nosotras —dijo, al fin, con la voz baja.

Tragué saliva. Había llegado el momento.

—Sabes que me gustas, que quiero algo serio contigo… pero… me gustaría saber qué significa para ti, Ana.

Sentí que se me cortaba la respiración.

¿Cómo explicarle que desde que la besé, desde que la sentí tan cerca, algo dentro de mí estalló? ¿Cómo decirle que había sentido esa punzada tan absurda, tan real, que solo se puede llamar de una manera: amor?

¿Y cómo decirle eso si antes tenía que contarle que había estado viéndome con Alba mientras que estaba con ella?

Lo que podía arruinar todo, pero estaba segura. Tenía que hacerlo por ella, pero sobre todo por mí. Porque esta situación ya era demasiado angustiosa y no podía pasar un día más con todo ese peso sobre mis hombros.

Abrí la boca, respiré hondo y justo entonces, escuché el sonido de la puerta del restaurante. Miré por encima de su hombro y lo que vi me dejó muerta.

Alba entraba con esa maldita sonrisa suya enmarcada en sus labios rojos. Esos labios que habían descubierto todos mis puntos débiles. Esos labios que se habían fundido con los míos en mitad de la calle y que estuvieron a punto de ganarme y atraparme.

Sentí cómo se me partía el pecho en dos. Otra vez. Porque justo cuando estaba lista para hablar, la otra parte del problema decidió entrar por la puerta y mi mundo, volvió a tambalearse.

26

Me quedé paralizada. La presencia de Alba, justo en ese preciso momento, me cayó encima como un cubo de agua helada. No era una casualidad, un accidente provocado por un cruce de caminos repentino. Aquello era una interrupción medida y premeditada, con esa intención que solo una persona como ella podía tener.

"¿Me ha seguido?"

Alba quería que todo se fuera a la mierda y lo supe al ver esa sonrisa descarada que apareció en su rostro cuando sus ojos se cruzaron con los míos. No había sorpresa en su gesto. Tampoco dudas. Sabía que yo estaba allí, sabía perfectamente con quién me iba a encontrar y lo que venía a provocar.

A mi alrededor ya no existía la música, los aromas de la comida, ni el murmullo del resto de comensales. Solo notaba el palpitar de mi corazón en las sienes. Estaba segura de que Paula, sentada justo delante de mí y de espaldas a Alba, podía escuchar cómo se me descomponía el alma.

—Quizá es demasiado complicado responder a esto, pero… —dijo Paula con una dulzura que ya no podía borrar la tensión que me había invadido por dentro—. ¿Sientes algo por mí?

No podía responder. No así. No mientras sentía la presencia de Alba clavándose como una estaca entre las dos. Mi boca se secó y le di un sorbo a mi vaso de agua, pero no me sirvió de nada. Y justo cuando estuve a punto de hablar, Alba lo hizo por mí. Con esa voz afilada, cruel y juguetona:

—Vaya, vaya… qué casualidad tan fantástica.

Paula se giró con lentitud, frunciendo el ceño. La paz que traía cuando llegó, la dulzura, los nervios… desaparecieron. La tensión y las dudas se instalaron en su expresión, y el momento se congeló.

—¿La conoces de algo? —me preguntó, y la forma en la que lo dijo, tan simple, tan directa, me perforó.

—Sí… bueno… —intenté sonar casual, pero ya era tarde. La mentira, incluso antes de formarse del todo, era evidente—. Nos hemos visto un par de veces.

Alba soltó una risa baja, como si le divirtiera verme patinar sobre mi propio desastre. Quería matarla, echarla a patadas, hacerla desaparecer. ¿En qué momento había permitido que se obsesionara tanto conmigo?

—¿Solo un par de veces, Ana? —preguntó Alba, arrastrando las palabras como si saboreara cada una de ellas, sugiriendo y dejando entrever que mentía—. ¿De verdad?

Y antes de decir algo más, arrastró una silla de una mesa cercana y se sentó junto a mí, cruzando las piernas con esa soltura que me había hecho perder el norte desde el primer día. Como si alguien la hubiera invitado. Como si tuviera derecho a estar allí.

—No interrumpo nada importante, ¿verdad? —añadió, con falsa cortesía, mirando a Paula con una ceja en alto.

La mesa se convirtió en una olla a presión. La mirada de Paula se movía entre Alba y yo. Una y otra vez sin decir nada. Pero no hacía falta que hablara. Ya lo sabía todo. Se lo olía. Lo intuía. Era inteligente, demasiado, y la duda se convirtió en verdad en sus ojos.

Quise explicarlo. Juro que quise. Quise gritar que no era lo que parecía, que sí, que me había acostado con Alba, que la había deseado, buscado, pero que había sido antes de entender lo que realmente sentía por ella. Por Paula. Pero ¿cómo justificas el silencio? ¿Cómo le explicas a alguien que lo amas… cuando tiene justo delante a la persona con la que has estado negándote a ti misma lo que sientes?

El pecho me ardía. La ansiedad me ahogaba. Las palabras se amontonaban sin orden ni salida. Y Alba… ella solo me miraba de reojo, disfrutando de cada segundo de la incomodidad que había provocado.

—Alba —logré decir con la voz en un susurro—. No es el momento para tus juegos.

—Ah, lo sé. —Se encogió de hombros como si no le importara—. Pero ya que estamos todas aquí… no podía perderme esta escena.

—¿Qué escena? —Paula habló por fin, y su voz no era dulce. Era dura. Dolida—. ¿Puedes explicarme qué pasa aquí, Ana? Porque me estoy empezando a sentir como una idiota que no se entera de nada.

—No lo eres —me apresuré a decir, mirando a Paula con desesperación—. No lo eres, por favor. Solo…

—¿Solo qué? ¿Estás saliendo con las dos?

—No —mentí. Pero fue inútil.

Alba soltó una risa suave, casi cruel. Ese sonido estridente fue suficiente para corroborar que lo que salía por mi boca no era la verdad que Paula quería escuchar.

—Paula, yo… quería contártelo hoy. Te lo juro. Justo antes de que ella apareciera. Quería explicártelo todo.

—¿Y por qué no lo hiciste antes? ¿Por qué he tenido que enterarme así? ¿¡Tan difícil era contarme la verdad!?

—Te lo dije, alguna de las dos acabaría odiándote —susurró Alba.

—Tuve miedo —confesé, al borde del colapso—. Te estaba empezando a querer y no sabía cómo manejar todo lo que me estaba pasando. No me sentía segura y después…

Paula se quedó en silencio. Cerró los ojos por un instante y asintió un par de veces, como si acabara de confirmar lo que ya se temía.

—Gracias por la sinceridad… aunque sea bastante tarde —dijo con un hilo de voz.

Me sentí vacía. Rota. Como si cada parte de mí se hubiera estrellado contra la mesa. Paula no levantó la voz, no lloró, no se fue corriendo. Solo me miró como si ya no pudiera sostener nada de lo que había entre nosotras. Estaba decepcionada, destrozada, pero ella no era la típica mujer que se envuelve de drama.

Alba permanecía justo a mi lado, siendo espectadora del peor momento de mi vida. Había venido a asegurarse de que, o ganaba, o no me quedaría con nada y la sonrisa en su rostro lo decía todo.

Había venido a arrasar. A ganar y lo peor era que lo había conseguido. Porque esa noche, mientras Paula pedía la cuenta y se marchaba, yo solo podía mirar mis manos temblorosas sobre mis rodillas y preguntarme, una y otra vez, en qué momento había perdido el puto control de todo.

27

Paula se había marchado sin mirar atrás. Sin mencionar una sola palabra y sin despedirse. Solo dejó atrás el sonido de su silla al arrastrarse contra el suelo y el sonido de la puerta al cerrarse. Yo me quedé allí, sentada, sintiendo cómo cada latido de mi corazón se convertía en la banda sonora de este gran desastre y como el vacío de su partida se me quedaba grabado en los huesos.

Intenté llamarla. Una, dos, cinco, diez veces. Paula me colgó cada una de las llamadas y al final, apagó el teléfono para impedir que continuara llamándola. Ya no tenía opciones de salvar esto y me quedó tan claro que el suelo se tambaleó bajo mi cuerpo.

El vacío que dejó su silencio fue brutal. Ya no había mensajes que responder, ni dudas que aclarar. Ella lo sabía todo, y en ese espacio donde antes había esperanza, solo quedaba el dolor en el que Alba se había recreado mientras veía marchar a la persona que se había quedado con mi corazón antes de que yo supiera que se lo había dado.

No podía estar un segundo más cerca de Alba. Ni en su presencia, ni con su maldita sonrisa brillando mientras mi mundo se desmoronaba a paso lento. Así que yo también me fui. La dejé atrás sin decirle nada y me largué del restaurante para caminar rumbo a mi casa. Solo quería eso, borrar a base de golpes esa pesadilla que estaba viviendo.

Caminé por las calles de la ciudad con las manos en los bolsillos de mi abrigo, la cabeza a punto de estallarme y un nudo en la garganta. Necesitaba aire. Espacio. Una señal, quizás, de que no lo había arruinado todo para siempre. Paula me había preguntado qué significaba para mí lo nuestro, qué significaba ella para mí, y ahora que no la tenía conmigo y que posiblemente jamás la tendría, sabía la respuesta: todo.

Cuanto más pensaba en lo que había pasado, más intentaba convencerme a mí misma de que Paula no volvería y que lo que podría haber sido… ya no se daría por mucho que yo lo deseara.

El ruido de una moto me sacó del trance. Giré apenas el rostro y vi a Alba, avanzando despacio junto a mí, con el casco colgando del brazo y el cuerpo inclinado hacia un lado para observarme mejor.

—¿Huyendo de nuevo, Ana? —preguntó desde la carretera.

No respondí. Seguí caminando, pero ella no se dio por vencida. Claro que no. Porque desde el primer día, desde que me miró aquella noche en el bar con esa seguridad tan suya, había estado siguiéndome y controlándome. A su manera, con su forma retorcida de quererme cerca, se aseguraba de que no me olvidara de ella. No era la primera vez que aparecía donde no debía, que sabía cosas que no le había contado en ningún momento. Que irrumpía, que me descolocaba, que me atrapaba.

¿Acaso estaba loca? ¿Era yo la que no sabía ponerle límites o era ella la que no los conocía? Me había dicho que su trabajo le había permitido perseguirme, ¿era una policía corrupta y no me había enterado?

Cerré los ojos un segundo, respiré hondo y me detuve. La moto también lo hizo y me giré despacio para enfrentarla.

—¿Qué es lo que quieres, Alba?

Ella sonrió. Colgó el casco en el manillar, aparcó la moto al borde de la acera con ese estilo despreocupado que siempre tenía y se acercó a mí.

—Solo asegurarme de que estás bien —dijo, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón—. Te veías bastante mal allí dentro.

Fruncí el ceño y sentí cómo me hervía la sangre.

—¿Que me veía mal? ¿Tú qué esperas? Me has llevado al límite, Alba. Has logrado que Paula no me quiera coger ni el teléfono. Te has metido en una cena privada, has jugado conmigo como si fuera un maldito peón en un tablero y…

Ella se encogió de hombros, como si todo le diera exactamente igual.

—No es mi culpa que sea tan dramática y que no se haya dado cuenta antes de lo que pasaba.

—¿Y qué pasaba? —espeté, dando un paso hacia ella—. ¿Qué, Alba? ¿Qué te has pasado los días persiguiéndome hasta lograr que me acostase contigo?

Alba no se inmutó a pesar de que sabía que tenía razón. Yo había caído en su trampa y lo peor era que me había dejado llevar a pesar de saber que era así.

—Yo no fui la que decidió meterse en un triángulo amoroso, cariño. Fuiste tú.

—¡Porque tú lo hiciste posible! —grité, ya sin contenerme—. Tú aparecías en todas partes, tú me buscabas, tú sabías cómo confundirme. Sabías cómo tocarme para obligar a mi mente a no olvidarte. Y seguiste empujando, exigiendo, buscando. ¿Por qué? ¿Qué ganas con todo esto?

Ella se acercó. Sin prisas. Como si mi furia no fuera una amenaza para ella, sino una invitación para acortar las distancias.

—¿Quieres saber la verdad? —preguntó con suavidad.

Estaba tan cerca de mí que podía oler su perfume. Ese que conocía tan bien. Ese que se había quedado impregnado en mi piel y que me había tenido que sacar de encima con un estropajo. Alba olía a peligro y descontrol, a momentos que me habían marcado más de lo que quería admitir.

—Ana… —susurró, bajando un poco más la voz—. Si sintieras algo tan fuerte por Paula, ¿me tendrías tantas ganas como me tienes ahora?

Me quedé helada. Su mano subió despacio hasta rozar mi cuello. Sus dedos se deslizaron apenas por mi piel, ligeros, como si quemaran. Luego pasó el pulgar por mis labios, despacio, como si quisiera borrar cualquier palabra que pudiera salir de ellos y dejarme muda.

Un escalofrío me recorrió entera y ella lo supo. Lo notó y sonrió.

—Yo sé muy bien qué es lo que deseo —dijo, con esa mirada intensa que se me metía bajo la piel—. ¿Y tú?

Me faltaba el aire. Me temblaban las piernas. Porque la verdad era esa: sí, aún la deseaba. Sí, su cercanía seguía descolocándome. Pero también sabía que todo eso venía con una carga que ya no podía soportar. Con un precio que ya no estaba dispuesta a pagar.

Y, sin embargo, ahí estaba. Como siempre. Tentándome y hundiéndome un poco más.

28

El corazón me latía tan rápido que me hacía daño en el pecho. La cercanía de Alba, que siempre me había encendido, ahora me asfixiaba y asustaba. Me estaba robando el espacio y tenía una seguridad en sí misma que me ponía los pelos de punta. Esa sonrisa suya, ladeada y confiada, que gritaba en silencio que era quién tenía el control, que nunca lo había soltado, me bloqueó. ¿Qué estaba pasando?

Mi cuerpo empezó a temblar. Pude ver mi sombra tambalearse en el suelo de la acera de aquella calle tan poco transitada. Solo estábamos Alba, yo y la farola iluminada sobre mi cabeza. ¿En qué momento había permitido que alguien como ella jugara a tenerme como un muñeco? ¿En qué momento me había dejado manejar así?

—Alba, basta, por favor —dije con toda la firmeza que pude reunir, aunque la voz me tembló y ella se dio cuenta.

Alba ladeó la cabeza y su sonrisa se volvió más peligrosa.

—¿Basta de qué? Si no estoy haciendo nada —respondió, bajando la voz como si estuviera contándome un secreto—. Solo te estoy empujando a abrir los ojos, a que seas realista y veas todo lo que te rodea.

Intenté dar un paso hacia atrás, y otro más, pero no llegué demasiado lejos. Alba notó mis intenciones y en menos de un segundo acortó la distancia entre las dos, me sujetó de un brazo y me empujó suavemente contra la pared. No fue violento, pero sí forzado y firme. Demasiado para mi gusto. Su cuerpo quedó pegado al mío y su mirada me atrapó con una intensidad que conocía demasiado bien.

—No hagas esto… —susurré, pero ni yo misma sabía si le hablaba a ella o me hablaba a mí misma.

Yo sabía de mis debilidades. Sabía por qué había acabado enredada en esta situación. Alba me ponía como una moto y a pesar del peligro, de su

obsesión enfermiza conmigo, me gustaba. Y recordé cuánto cuando su aliento chocó contra mi piel. Inhalé y me inundó su olor, ese perfume que había aprendido a reconocer con los ojos cerrados y que había despertado mis sentidos durante las noches. Sus labios se acercaron a mi oído, me mordió el lóbulo de una oreja y algo vibró dentro de mí.

—Si de verdad quisieras estar solo con Paula, tu cuerpo no reaccionaría así conmigo —susurró y empezó a besar mi cuello—. ¿Por qué te niegas a ver la verdad? Admite que las dos te damos lo que quieres… Ana…

Quería empujarla, quería gritarle que parase, quería decirle que se alejara de mí y no volviera a aparecer en mi vida. Pero mi cuerpo me traicionaba porque lo que ella decía… era verdad. Ella me hacía sentir enloquecida. Me encendía. Por su culpa se me mojaban las bragas y su cercanía, era como una droga que odiaba y ansiaba al mismo tiempo.

Y ella lo sabía. Por eso jugaba así conmigo. Por eso había venido al restaurante, por eso había irrumpido mi cita con Paula, como una bomba, justo cuando me atreví a dar el paso de confesar toda la verdad. Porque le dolía no ser la elegida, y prefería destruir todo a su paso a quedarse fuera.

La tensión sexual entre nosotras era visible y palpable. La rabia, la frustración y el deseo se entremezclaban, y yo sentía que estaba a un segundo de cometer una estupidez.

Una de sus manos se metió por mi pantalón, lenta, como quien sabe exactamente lo que está buscando y rozó mi sexo con los dedos, con esa seguridad y suavidad de quien se ha aprendido la ruta exacta. Me mordió los labios y cuando empezó a masturbarme, yo ahogué un gemido en su boca, notando un escalofrío que me recorrió entera.

—Te deseo… —dijo, con la voz ronca y esa mirada que era puro fuego—. Y yo sé que tú me deseas a mí…

Siguió tocándome, y cuando creí perder el rumbo, el universo me dio un respiro y me lanzó un salvavidas.

Mi móvil sonó. Fue un zumbido suave, pero suficientemente fuerte como para sacarme del trance. Me sobresalté, abrí los ojos y sujeté la mano

de Alba para apartarla de mí.

Ni siquiera sé cómo pude sacar el teléfono de mi bolsillo y mirar la pantalla, pero lo hice. Era Paula, y sonreí al ver su nombre parpadeando entre ondas de colores brillantes.

Mi mundo se detuvo. Todo el deseo, toda la tensión, toda la confusión… se congelaron en ese instante. Regresé al pasado, a la noche en la que nos acostamos. A la imagen de ella bailando sobre mi cuerpo, gimiendo mi nombre, abriéndome mucho más que sus piernas, dándome acceso a esa parte de sí misma que solo se entregaba a la persona con la que querías compartirlo todo. Toda ella me golpeó en el pecho y desperté.

Alba también lo vio. Y su expresión cambió. Su ceja se alzó, su sonrisa se mantuvo, pero sus ojos… sus ojos supieron que este jueguecito suyo se había terminado.

—Vaya… qué oportuna —murmuró.

—Mi salvadora… —dije yo.

Apreté el teléfono entre mis dedos y aparté a Alba con todas mis fuerzas. Paula era la única que me hacía pensar con normalidad, no solo me había robado el corazón en tan poco tiempo, no solo era esa calma perfecta ni esa ternura que me desarmaba. Paula me hacía volver a mí cuando estaba a punto de colapsar. Era la única que, con solo su presencia, me ponía los pies en el suelo.

Ella no necesitaba competir con Alba. Nunca lo hizo porque ella no le interesaba luchar, ni manipular, ni hacer que el mundo entero se prendiera. Lo suyo era amor. Amor del bueno. Del que no hace ruido, pero sí que lo cambia todo.

Miré a Alba a los ojos, con la respiración agitada y me dispuse a hablar:

—Esto se acabó —dije. No como una amenaza. No como una petición. Como una sentencia.

Ella retrocedió apenas un paso, sorprendida por el tono que había adoptado mi voz.

—¿Estás segura? —preguntó, aunque su sonrisa empezaba a agrietarse.

—Sí —respondí, al fin sintiendo que mi voz salía desde mi propia seguridad y no desde el miedo o la incertidumbre—. No quiero más juegos. No quiero más caos. No quiero seguir perdiendo el tiempo con cosas que no me llenan.

Ella me miró. Ya no con esa seguridad desafiante. Sino con algo más parecido a decepción. O quizá a derrota.

—Pensé que tú y yo éramos iguales —dijo.

—Ese fue tu error —respondí.

Y me giré. Apreté el botón verde en la pantalla justo cuando el teléfono estaba a punto de dejar de sonar y me alejé de Alba sin mirar atrás. Sin despedirme.

Había dejado de necesitar el fuego y estaba lista para quedarme con la luz.

29

Llevaba el teléfono pegado a la oreja, el pulso acelerado y el alma encogida. Sabía que Paula estaba al otro lado de la línea. Lo había visto en la pantalla antes de descolgar, justo cuando Alba me tenía entre la pared y su cuerpo, justo cuando sus manos se apropiaban de mi sexo y de ese gemido que pareció más un grito de auxilio que de placer.

Que Paula me hubiera llamado significaba algo. Tenía una oportunidad de explicarme mejor sin la sombra de Alba interrumpiendo, pero me había quedado sin palabras. Ya la había cagado lo suficiente, ya le había hecho demasiado daño como para permitirme el lujo de equivocarme una vez más. Paula me importaba, deseaba de verdad poder tener una relación real con ella. Solo nosotras.

Miré por encima de mi hombro para asegurarme de que Alba no me seguía, de que la calle estaba vacía. A mi alrededor el aire olía a humedad. Salamanca tenía esa característica silenciosa y vacía, tranquila incluso cuando todo lo demás ardía.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda, pero no fue de frío. Fue algo mucho más profundo, una sensación a la que no supe poner nombre o explicación. Por primera vez desde que me dejé llevar por esta tontería, me sentía libre. Libre de algo que no sabía ni que me estaba oprimiendo. Como si al quitarme a Alba de encima me hubiese liberado de una cuerda que me tenía atada desde dentro.

Respiré hondo, me llevé una mano al cuello y suspiré.

—Paula… ¿estás ahí?

Ni siquiera sé por qué se lo pregunté cuando sabía que sí. Solo estaba esperando que dijera algo.

Su voz llegó rápida, tensa, como un disparo que no sabía que me iba a doler tanto.

—Me has hecho mucho daño, Ana. Pensaba que te importaba lo suficiente como para no hacerme pasar por esto.

Sentí un nudo en el estómago, uno que se apretó con fuerza y me dejó sin aire.

—Y me importas, Paula. Es solo que… me he dado cuenta tarde de todo esto, y…

—No me sirve —me interrumpió, con un tono que no recordaba haberle escuchado antes. Más frío. Más cansado—. Creo que necesitas pensar bien qué quieres en tu vida y con quién quieres compartirlo antes de decidir. No estoy aquí para pelearme por ti. Ni con nadie. Ni siquiera contigo. Creo que ya somos adultas para no hacer un drama de esta situación.

Sus palabras me golpearon como un cubo de agua helada. Cada sílaba era un paso atrás. Cada silencio, una puerta que se cerraba.

—Es mejor así —añadió, y por un momento pensé que iba a colgar. Pero no lo hizo. Se quedó unos segundos más conmigo, y entonces, su voz bajó un poco—. Yo te esperaré. Como siempre lo he hecho. Puede que sea tonta por hacerlo, pero quiero creer que lo que dices es cierto. Te quiero.

Y colgó.

Me quedé ahí, quieta, con el teléfono aún pegado a la oreja como si pudiera detener el tiempo y traerla de vuelta, como si su voz pudiera repetirse una vez más. Pero la línea ya estaba muerta.

Me giré para seguir andando, para salir de esa esquina donde todo parecía haberse derrumbado… y entonces escuché la voz que menos quería volver a oír en ese momento.

—Qué rápido corres cuando Paula te llama —dijo Alba, con ese tono sarcástico que me revolvía el estómago—. ¿Quién es la controladora aquí?

Me paralicé.

—¿Nunca tienes suficiente? —me giré, mirándola con los ojos ardiendo de rabia, de frustración, de agotamiento—. ¡No quiero seguir con esto! ¿¡Cómo te lo tengo que decir!?

Ella dio un paso hacia mí. Otro más. Hasta que volvió a estar demasiado cerca. Su mirada no era dulce ni furiosa. Era intensa. Llena de esa obsesión que había confundido con deseo tantas veces.

—Ya sabes que siempre quiero más —dijo, ladeando la cabeza—. Y no me importa lo que digas, yo sé muy bien lo que deseas.

—¡No sabes nada! —le escupí, aunque mi voz ya no tenía la fuerza que pretendía—. Lo que pasó entre nosotras no te da derecho a irrumpir en mi vida así. ¡No quiero verte más! ¡Lárgate!

Pero ella no lo hizo. Al contrario, se lanzó hacia mí, me sujetó del cuello con una mano, como si aún pudiera hacer eso sin consecuencias, y me besó.

Fue un beso intenso. Invasivo. Fuerte. Uno de esos que sabían cómo encenderme, pero que ya no quería, que ya no me calentaba.

Tuve el impulso de empujarla. De gritarle. De dejarla allí de una vez por todas. Pero por un segundo —uno estúpido y débil segundo— me dejé arrastrar. La besé. Solo fue un momento. El justo para darme cuenta de que había vuelto a caer.

Entonces me separé de golpe. Con fuerza. Me limpié la boca con la manga de la chaqueta como si pudiera borrarlo todo, como si eso bastara para hacer desaparecer el error, el asco y la decepción conmigo misma.

—No —dije, con la voz quebrada—. Ya no más.

Y sin darle tiempo a responder, me giré y eché a correr.

No miré atrás. No quería verla. No podía hacerlo sin sentir que todo iba a volver a repetirse. Que iba a quedar atrapada de nuevo. Que iba a traicionar, otra vez, lo poco que me quedaba de dignidad.

Corrí por calles que tanto conocía, con la garganta cerrada y los ojos empañados. Me ardía el pecho, me dolían los pies, pero no paré hasta que estuve lo bastante lejos como para no sentirla detrás.

Aunque era imposible porque sentía su mirada clavada en mi espalda como un anzuelo. Y lo peor era que, en el fondo, sabía que esta historia aún no había terminado.

30

Cuando llegué a casa, me temblaban las piernas. No era por el frío que hacía afuera, ni por el cansancio físico de correr y correr sin parar, sino por el peso de todo lo que acababa de vivir. Por suerte, todos dormían, la casa estaba en completo silencio y no tendría que dar ninguna explicación. No tendría que fingir una sonrisa o responder a las preguntas incómodas de mi abuela, ni soportar las pullas de mi hermano. Solo tenía que cruzar el pasillo y llegar a mi habitación. Una meta simple, sí, pero que en ese momento me pareció como una maratón.

Cuando cerré la puerta de mi dormitorio, solté el aire que no sabía que estaba conteniendo. Dejé caer la chaqueta, el bolso, el móvil. Me quité los zapatos y me tiré sobre la cama del golpe, boca arriba, sin desvestirme siquiera. El colchón me recibió como si supiera que estaba destrozada. Como si también estuviera cansado de ver cómo mi vida se complicaba una y otra vez con cada paso que daba.

Más que rota o confundida, me sentía vacía y deshecha. Como si una parte de mí se hubiera quedado en ese restaurante, en esa calle donde dije ‘basta’, en esa llamada con Paula que no supe bien cómo responder del todo.

Paula tenía razón. Necesitaba un tiempo para mí. No podía seguir así, dejándome arrastrar por cada impulso, por cada mirada… Por mucho que intentara convencerme de que todo había acabado, de que ya había tomado una decisión, sabía que, si volvía a cruzarme con ella, si me hablaba, si me tocaba… existía la posibilidad de caer otra vez. Y no podía permitírmelo. No de nuevo. No después de haber visto cómo se rompía algo tan puro como lo que empezaba a sentir por Paula.

Aquella noche había empezado bien. Sentía que lo estaba haciendo bien, que por fin, había elegido lo correcto. Estaba dispuesta a contarle la verdad a Paula, a hacerle saber que me importaba, que quería algo real con

ella. Pero la aparición repentina de Alba, sus dardos mordientes y sus insinuaciones fueron suficientes para que Paula se marchara.

El agotamiento se apoderó de mí como un apagón repentino. Cerré los ojos, me cubrí el cuerpo con una manta, aún sin haber procesado nada de lo que había pasado y me dejé arrastrar por un sueño pesado, turbio, más parecido a un desmayo que a un descanso real propiamente dicho.

****

No soñé. O si lo hice, no lo recordé. Solo sé que cuando abrí los ojos, el sol ya entraba por la ventana y el ruido en la cocina me avisó de que todos en casa ya habían despertado.

Me levanté sin energía, sin ganas, con la ropa arrugada y el cuerpo dolorido por haber dormido tan mal. Me puse el pijama, me arrastré hasta el baño, me lavé la cara con agua fría y bajé las escaleras con paso lento, como si cada peldaño fuera un recordatorio de que tenía que seguir adelante, aunque no supiera cómo.

En la cocina, mi abuela estaba sentada a la mesa, leyendo una revista con sus gafas puestas. En cuanto me vio, bajó la revista y me miró directamente a los ojos. Yo recé porque no soltase una de sus perlas. No me apetecía tener que escucharla.

—Buenos días, cariño. Siéntate. Tienes cara de necesitar un buen café.

No hubo sarcasmo. No hubo bromas. Solo su voz cálida, esa que reservaba para cuando sabía que algo no iba bien. Me senté frente a ella sin decir nada, y durante unos segundos, solo escuché el ruido de la cafetera burbujeando, el crujido de las tostadas mientras untaba la mantequilla y el latido irregular de mi propio corazón mientras respiraba.

—¿Has dormido?

—Mal, pero sí —añadí, sin necesidad de que preguntara más.

Ella le dio dos vueltas al café, lo dejó justo delante de mí, para mirarme con esos ojos azules que se habían convertido, en más de una

ocasión, en un faro cuando estaba perdida.

—A veces, uno tiene que tocar fondo para darse cuenta de que necesita parar. Y tú…, tú llevas corriendo tanto tiempo que no sé ni cómo te mantienes en pie.

No dije nada. Solo bajé la mirada. Me ardían los ojos.

—Ya te dije que esa clase de juegos, eran muy difíciles de llevar —dijo, buscando mi mano—. Pero lo importante es que has aprendido que no se puede tener y cuidar a dos personas al mismo tiempo sin perderse una misma en el intento y que querer a alguien, también significa renunciar a lo que te hace daño por mucho que creas que lo necesitas. Tanto en el amor, como en el trabajo.

Tragué saliva.

—Ahora necesitas pensar en ti misma, elegirte a ti por encima de todo.

—Yo ya había elegido antes de que todo estallara por los aires —respondo—. Quiero estar con Paula, porque ella me hace bien. Y el trabajo, sabemos bien cómo va a terminar este asunto.

Ella sonrió con ternura. Se levantó, caminó hasta donde estaba y me rodeó con los brazos, abrazándome con esa paz que solo saben dar las abuelas. Me apoyé en su pecho, cerré los ojos, y por primera vez en días, sentí que alguien me sostenía sin juzgarme.

—Entonces primero tienes que estar bien tú —me susurró al oído—. Tómate un descanso. Respira. Camina. Piensa. Ordénate. Y cuando estés lista, vuelve a por ella. Pero vuelve de verdad.

Asentí, sin fuerzas para responder con palabras.

Sabía que tenía razón. Sabía que debía darme ese tiempo, quizá de volver a Zamora unos días antes de regresar, de evitar todas las posibilidades de cruzarme con Alba en la calle. Tenía que irme. No como quien huye, sino como quien se recoge para curarse.

Cuando nos separamos, compartimos el desayuno en silencio. Fue un silencio bonito, cómodo, de esos que no exigen nada.

Y mientras le daba un bocado a la tostada, saqué el móvil. Busqué el contacto de Alba. Respiré hondo y lo bloqueé. Porque ahora sí, quería empezar a mirar hacia adelante y lo haría sola… hasta estar lista para volver con Paula.

31

Comencé a hacer la maleta con tanta lentitud que acabé aburriéndome. Cada vez que doblaba una prenda y la metía en ella, sentía que iba cargando en su interior el peso y la tensión de todo lo que había vivido en los últimos días. Este regreso a mi mundo conocido no era simplemente una escapada, era una necesidad. Un alto en mitad del camino. Una forma de encontrarme a mí misma antes de todo este caos emocional, antes de que Alba apareciera, antes de romperle el corazón a Paula, antes de perderme y ser incapaz de poner solución a mis problemas por más que aquí, hubiera vuelto a mi casa de verdad.

Mi abuela tenía razón. No podría arreglar las cosas con Paula sino encontraba la forma de arreglarme a mí primero. En mi casa vacía, llena de tranquilidad y silencio, quizá podría volver a encontrarme. Sentirme como esa mujer que había vuelto con la cabeza bien amueblada y el corazón bastante entero.

Me encontraba doblando una camiseta cuando mi hermano apareció apoyado en el marco de la puerta con esa media sonrisa suya que siempre anunciaba que iba a soltar alguna tontería.

—¿Tan mal te ha ido con tus dos novias?

Rodé los ojos, cerrando la cremallera de un neceser con más fuerza de la necesaria y lo dejé caer junto a la ropa en la maleta.

—Para tu información. Ya no tengo dos novias. Es más, no tengo ninguna —respondí sin mirarlo.

Él levantó una ceja, divertido y cruzó sus brazos en su pecho.

—¿Ni siquiera una? Vaya. Creía que el malo para ligar ella yo.

Me senté en la cama, suspirando. El nudo en el estómago no desaparecía. No me apetecía hablar, pero también sabía que no podía seguir

tragándome todo esto sola. Y si alguien sabía cuándo dejar de hacer bromas —aunque fuese a regañadientes— era él.

Así que se lo conté.

Le conté lo que había pasado en el restaurante. Cómo Alba había irrumpido sin permiso, cómo lo había echado todo a perder, cómo yo había cometido el error de caer una vez más. Le conté sobre la llamada con Paula, sobre sus palabras, sobre ese "yo te esperaré" que me había dejado el alma colgando de un hilo. Le confesé que aún la quería, que quería arreglar las cosas, pero que no me sentía lista. Que necesitaba recomponerme. Y por volvía a Zamora. Porque era el único lugar donde podría respirar sin sentir que Alba iba a aparecer en cualquier esquina.

Mi hermano me escuchó más en serio de lo que esperaba. Y cuando terminé, solo asintió.

—Vale. Pero si esa tal Alba vuelve a tocarte las narices, me avisas. Y si necesitas que alguien la ponga en su sitio… me lo dices también.

Le dediqué una sonrisa cansada.

—Gracias, mini Hulk.

—De nada, drama queen.

Se fue dejándome con una carcajada floja, la primera —en mucho tiempo— que expresaba mi verdad. Cerré la maleta con un clic y me senté en la cama con el móvil entre las manos. Dudé unos segundos antes de abrir la conversación con Paula. Respiré hondo y escribí:

Yo:
Me marcho unos días de la ciudad. Tenías razón, hay muchas cosas que debo arreglar, y entre ellas, está el tema de mi trabajo. Pero regresaré pronto. Y cuando lo haga, hablaremos.

Lo envié. Cerré los ojos y noté que mi corazón se sentía un poco más ligero.

En la estación, con la maleta ya en el portaequipaje del autobús, saqué el billete y me senté a esperar a que dieran la hora de salida. Estaba a punto de poner el teléfono en silencio cuando vibró y el nombre de Paula apareció en la pantalla.

Abrí el mensaje con el corazón en la garganta.

Paula:
Alba ha venido a verme al trabajo. ¿Sabías que es investigadora privada? No sé si todo lo que me ha contado es verdad, pero espero que, cuando regreses, lo podamos hablar.

Me quedé en shock. ¿Investigadora privada? *"¿Pero qué coño…?"*

Me levanté de un salto. El conductor ya estaba subiendo a bordo y no lo pensé. Corrí hacia el portaequipaje, busqué mi maleta y la saqué como si me ardiera entre las manos. Las ruedas se golpearon contra el asfalto mientras yo salía disparada fuera de la estación.

No podía irme. No sin detener a Alba. ¿Quién se había creído que era? Ya no se trataba solo de mí, de Paula, de los sentimientos o del deseo. Se trataba de que estaba cruzando una línea peligrosa, manipulando, vigilando a las personas que me importaban con tal de encontrarme. Y ya no podía permitirlo.

Saqué el móvil mientras caminaba deprisa con el corazón acelerado. Sabía dónde encontrarla. Sabía que se pasaba media vida en ese bar alternativo del centro, ese que estaba abierto hasta altas horas de la noche, el mismo donde me provocó por primera vez, donde empezó todo este juego enfermizo.

Pero esta vez no iba a ir sola. Sabía que Alba no me podía hacer daño, pero sabía que se había obsesionado de una forma tan enfermiza conmigo que, si no acudía a la policía, no habría manera de detener su asedio.

Llamé a la comisaría más cercana. Expliqué la situación que estaba viviendo y les pedí, por favor, que me acompañaran. No iba a denunciarla —no todavía— pero sí quería dejar constancia de cómo se había excedido, de cómo se había aprovechado de su trabajo para controlar cada paso que daba.

En menos de veinte minutos, dos policías me esperaban en una de las calles cercanas al bar. No era la escena que habría imaginado para cerrar este capítulo, pero tampoco podía permitir que esta historia se alargara mucho más.

Caminé hacia ese bar con la cabeza bien alta y el corazón latiendo a mil por hora. Y por primera vez desde que conocí a Alba, no sentí

necesidad. Solo sentía la urgencia de cerrar una puerta que nunca debí haber abierto.

Estaba lista para empezar algo nuevo, y no podía hacerlo mientras Alba me siguiera persiguiendo.

32

Entré en el bar con el corazón en la garganta y pasos firmes. Lo reconocí todo al instante: las luces tenues, la música alternativa de fondo, el olor a cerveza y tabaco que parecía estar pegado a las paredes. Y a ella. Alba estaba en el lugar de siempre, sentada en la barra, riéndose con el camarero como si no hubiera roto un plato en su vida. Como si no hubiera estado jugando conmigo, con mi vida y con mis emociones.

No me vio hasta que me senté a su lado.

Entonces giró la cabeza y me encontró. Sus ojos brillaron con sorpresa apenas un segundo antes de que su sonrisa reapareciera, ladeada, satisfecha, como si estuviera esperándome todo el tiempo. Sabía que su movimiento de ir a visitar a Paula era el anzuelo que esperaba para cazarme, y aunque había surgido su efecto, nada era lo que ella pensaba.

—Vaya, vaya —dijo, apoyando el codo en la barra y dándome toda su atención—. Mira quién se ha dignado a aparecer. ¿Tu novia ya te ha dicho que fui a verla, verdad?

Intenté no perder la compostura, pero me hervía la sangre. Me tensé por dentro, aunque mi rostro se mantuvo sereno. Como me había prometido.

—Sí, me ha dicho que le contaste muchas cosas —respondí con voz baja pero firme.

Alba se relamió los labios, divertida. Se creía lista, ganadora, aún por encima de todo.

—Solo le dije la verdad de nosotras dos —susurró, y su mano se deslizó por mi brazo sin permiso—. Lo bien que nos lo hemos pasado mientras ella esperaba que tú le dieses algo que dudo seas capaz de dar.

Aparté su mano con un movimiento rápido. Me sentía sucia solo con su contacto. Quise responderle con rabia, pero esta vez no. Esta vez tenía un plan. Esta vez no iba a gritar, ni a suplicar. Esta vez tenía testigos.

—¿Para qué fuiste a verla, Alba? ¿Por qué no puedes dejar las cosas como están?

Ella soltó una risa suave, confiada, esa que usaba siempre que pensaba que tenía todo bajo control. Como si yo estuviera allí porque no podía resistirme. Como si aún no entendiera que esta vez era distinto.

—Solo quería que te dieras cuenta de quién vale la pena de las dos —dijo, encogiéndose de hombros—. Te he visto con ella todo el tiempo, os he seguido, y créeme, sé que no te gusta tanto como intentas hacerme ver.

Ahí estaba. Lo había dicho. Tal cual. Sin filtros. Sin miedo.

La satisfacción en su rostro era casi infantil. Como una niña que cree que ha ganado una partida sin darse cuenta de que ha estado jugando con fuego. Porque ella era buena jugadora, claro que sí, pero yo ya la conocía y sabía cómo arremeter.

Asentí despacio. Me giré hacia ella, la miré a los ojos con una calma que no sentía del todo, pero que logré fingir a la perfección.

—Gracias por confirmarlo —le dije.

Frunció el ceño, confundida.

Y entonces los dos policías con los que me había reunido antes, saliendo del rincón más oscuro del bar, caminando hacia nosotras con paso lento pero decidido.

Alba los vio también. Su cuerpo se tensó al instante y su sonrisa se congeló en el acto.

—¿Qué… qué es esto?

Yo me giré un poco hacia ella, sin apartar la mirada de sus ojos ahora desconcertados.

—Te lo pedí por las buenas, Alba. Te pedí que te alejaras, que dejaras de perseguirme, que no volvieras a cruzar ciertos límites. Pero tú no sabes

cuándo parar.

Los policías se situaron a cada lado, en silencio. No necesitaban hablar. Ya lo habían oído todo. Desde que llegué, cada palabra. Cada confesión.

—Solo quería que ellos te escucharan antes de ponerte una denuncia formal por acoso —continué, sintiendo cómo por primera vez, el miedo empezaba a resbalarme del cuerpo como el agua—. No quiero que te acerques más a mí, ni a nadie que forme parte de mi vida. ¿Está claro?

Alba me miraba como si no pudiera reconocerme. Como si no esperara que tuviera el valor de enfrentarse a ella así. Como si, por fin, se diera cuenta de que esta vez, la partida se le había acabado.

No dijo nada. Solo bajó la vista, tragando saliva. Los policías le pidieron que se identificara. La situación ya no estaba en mis manos. Había hecho lo que debía. Lo que tantas veces quise hacer y nunca me atreví.

Me levanté despacio, con el corazón latiendo a toda pastilla, pero no por miedo. Era otra cosa. Era poder. Control. Era libertad.

Me giré y salí del bar sin mirar atrás. El aire fresco de la calle me golpeó la cara y me sentí más viva que en semanas. Había tomado las riendas de mi historia. Por fin y por primera vez, era yo quien tenía el control, y la que se sintió maravillosamente bien.

33

Salí del bar con el corazón golpeándome en el pecho como si hubiera corrido una maratón. Esta vez no era miedo lo que me recorría el cuerpo, era algo mucho más liberador. Sentía que por fin me había quitado un peso, uno que ni siquiera sabía que cargaba durante tanto tiempo. Alba ya no era una amenaza. Era pasado. Una puerta que había cerrado con todas las fuerzas que me quedaban, y que no pensaba volver a abrir jamás.

Llevar a los policías conmigo había sido el broche de oro para un final que ahora sí que estaba escrito.

Sabía que aún me quedaba una cosa que hacer. Hablar con Paula no podía esperar. No después de todo lo que había pasado. No después de haber recuperado el control de mi vida. Mi abuela me había dicho que debía pensar en mí misma, y era el momento de dar el paso, de demostrar lo que sentía y de intentar —aunque fuera con todas las heridas aún abiertas— salvar lo que había construido con ella.

Saqué el móvil y marqué su número. Una vez. Dos. Tres. Nada.

Era demasiado tarde, lo sabía. Paula estaría regresando del trabajo, o tal vez había decidido no responder mis llamadas. No la juzgaba. Había jugado con ella y le había ocultado la verdad.

Sabía a qué hora solía regresar y lo hice sin pensar. Busqué un taxi, me monté en él, le di la dirección al conductor sin titubear y me dejé llevar. El trayecto se me hizo eterno. Cada semáforo en rojo, cada cruce, cada segundo sin movernos me desesperaban. Y cuando por fin llegamos, bajé con el estómago revuelto y los dedos tensos alrededor del asa de mi bolso.

Toqué el timbre. Esperé. Nada.

Volví a insistir y al ver que no había nadie, decidí quedarme allí, de pie bajo una farola, como la protagonista de una novela romántica, esperando que el universo me diera otra oportunidad.

Y lo hizo.

Vi aparecer a Paula a lo lejos de la calle, caminando sola, con paso tranquilo. Llevaba el bolso colgado del hombro y el rostro iluminado por la luz cálida de las farolas. Pero en cuanto me vio, se detuvo. Su expresión cambió al instante y su mirada se volvió gélida.

Cuando llegó frente a mí, no hubo un saludo. Solo una frase cortante:

—¿Qué haces aquí?

Tragué saliva. Noté que las palabras se me atascaban en la garganta, pero no podía darme el lujo de callar. No en un momento tan importante.

—Necesito hablar contigo.

Ella se cruzó de brazos con la mandíbula apretada.

—No sé si quiero escucharte, la verdad. Mucho menos después de todas las cosas que Alba me ha contado.

Alba había sembrado su veneno con “detalles”, con “verdades”, con esa visión distorsionada de los hechos donde yo era la culpable absoluta de todo. Y tal vez lo era, pero no por las razones que ella le había contado.

—No sé lo que te habrá dicho —respondí con el corazón en la garganta—. Pero dame una oportunidad para contarte cómo me siento. Solo eso. Por favor.

Durante un segundo, pensé que me iba a decir que no. Que iba a darme la espalda y seguir su camino. Pero me observó en silencio, evaluando cada palabra, cada gesto. Finalmente, sin decir nada, sacó las llaves del bolso, abrió la puerta del portal y me invitó a pasar.

No me miró mientras subíamos en el ascensor. No dijo una sola palabra. La tensión entre nosotras era insoportable. Cuando llegamos a su piso, abrió la puerta, entramos, y la cerró con suavidad. Se quedó de pie, sin acercarse, con los brazos cruzados de nuevo, mirándome como si estuviera esperando que me derrumbara delante de ella.

—Habla —fue lo único que dijo.

Tomé aire. Ya no podía permitirme disfrazar nada así que lo solté sin rodeos.

—Te quiero a ti, Paula.

Sus ojos se abrieron apenas, pero su expresión no cambió.

—Sí, he tenido una relación con Alba. Muy sexual. Me atrapó en un juego del que no supe salir. Me dejé llevar, lo admito. Me sentí deseada, confundida. Incluso controlada.

Silencio.

—¿Y yo? —preguntó con voz baja, sin pestañear.

Di un paso adelante. Otro. Me atreví a alzar una mano y rozarle la mejilla. Ella no se movió. No se apartó. Pero tampoco se acercó.

—Tú… —dije con la voz temblando— tú me has robado el corazón, Paula. Ella nunca lo hizo. Nunca me miró como tú. Nunca me hizo sentir como tú. Lo que pasó entre ella y yo fue fuego… pero contigo es otra cosa. Es luz, es libertad, es amor.

Ella cerró los ojos. Respiró hondo.

Yo no me moví, y no dije nada más porque ya estaba todo dicho.

La vi debatirse entre el dolor, la rabia, el amor. Vi que en ella seguía latiendo algo por mí, pero… ¿era suficiente para volver a empezar?

Paula me miró con los ojos entrecerrados y por primera vez… deseé quedarme a su lado para siempre.

Epílogo

Había pasado un mes desde aquella noche en la que sentí que todo podía derrumbarse o volver a resurgir. Y en ese instante, mientras caminaba por las calles de Zamora, con Paula a mi lado, no podía dejar de pensar en lo mucho que había cambiado todo. Después de ese momento incómodo con Alba, ya no había sabido nada de ella. Tampoco Paula que me repitió hasta la saciedad que, si la volvía a ver, la denunciaba de verdad.

El aire a nuestro alrededor olía a tierra mojada y flores frescas, el mismo olor que me recibió por primera vez y el que daría cierre a un capítulo de mi vida. Ahora todo encajaba conmigo, ya no era un mar de dudas, ni estaba envuelta en un caos del que no sabía cómo escapar. Ahora con cada paso que daba, sujeta a la mano de Paula, más segura me sentía. Más yo, y, sobre todo, más suya. Había dejado la agencia de viajes y estaba dispuesta a abrir una nueva puerta profesional en Salamanca, de donde nunca debí haberme ido.

Entre pensamientos, no pude evitar mirar a Paula. Iba caminando con ese paso despreocupado, con los ojos brillantes por la luz de primera hora de la mañana, con el cabello suelto y una sonrisa suave dibujada en sus labios. Paula era calma y serenidad. Siempre lo había sido. Solo que ahora la veía con total claridad. Era preciosa, atractiva, elegante. A mi lado, yo tenía mucho que envidiarle, pero me había elegido incluso antes de que yo tuviera claro lo que sentía.

—¿Qué ocurre? —me preguntó cuándo me pilló mirándola y me sonrió.

Me regaló esa clase de sonrisas que te hacen sentir de todo, absolutamente todo y suspiré.

—Nada —respondí sin dejar de mirarla—. Solo que me pareces preciosa.

De un tiempo hasta aquí, se había vuelto una costumbre para mí provocar que sus mejillas se enrojecieran, y esa vez, lo conseguí. Paula se rio bajito y me apretó la mano. Caminamos en silencio durante un rato, cruzando el pequeño parque del centro, viendo a los niños correr y a los mayores sentados en los bancos como si fueran parte del paisaje.

Era la primera vez que íbamos a compartir una comida con mi familia y yo estaba nerviosa. La única persona a la que habían conocido desde mi regreso a Salamanca era a Alba, y la había mantenido oculta en mi dormitorio porque yo la consideraba un secreto, algo prohibido. Pero Paula ahora no era nada de eso, era mi verdad, la mujer que me arrancaba sonrisas y no tenía miedo de que ellos me vieran así de enamorada.

Cuando llegamos al restaurante donde habíamos quedado para comer antes de empezar con la mudanza de mi piso, los vi esperándonos en la terraza. Mi madre fue la primera en vernos y en saludarnos con una mano en alto. Mi hermano —que había sido mi cómplice durante todo el tiempo — levantó una ceja burlona apenas disimulada. Y mi abuela… bueno, ella estaba como siempre: con su abanico en la mano y esa mirada que todo lo sabía.

Nos acercamos y los saludamos uno por uno. La presenté con una tranquilidad suave. Ella se animó a hablar con ellos y todo fue tan fácil y sencillo que no hubo nada incómodo. Cada vez que giraba la cabeza y la miraba, sentía que había elegido a la mujer más maravillosa del mundo. Y que todo lo que había pasado hasta aquí, por torcido que hubiese sido, había valido la pena.

Mi hermano, con su habitual falta del filtro, se me acercó y se me colgó del cuello con un brazo.

—Has tardado demasiado, pero… —susurró en mi oído—. Has elegido a la más guapa de toda Salamanca, ¿por qué no me lo dijiste?

Pensé que, sin darme cuenta, había ocultado a Paula por miedo a que la descubrieran. Paula era única, y mía. Aún no me lo creía y mi hermano se dio cuenta porque me dio un codazo y se echó a reír.

Sí. Había tardado. Me había equivocado muchas veces. Pero al final… estaba aquí, saliendo con una mujer maravillosa.

Entonces Paula se acercó. Me miró a los ojos, se colocó frente a mí y me sujetó la cintura con ambas manos, como si necesitara asegurarse de que no me iba a escapar. Su mirada era tan dulce que me dejó sin aire.

—Me encanta verte sonreír así —dijo—. ¿Te había dicho que eres preciosa?

Asentí, aunque la voz se me había escondido en algún rincón del pecho.

Ella dio un paso más, pegó su cuerpo al mío y tiró suavemente de la camiseta, acercándome.

—Te quiero —susurró contra mis labios, con los ojos entrecerrados.

Y entonces, simplemente, la besé.

Fue un beso sin prisas. Que sabía a promesas de futuro. A nuevas aventuras aún por llegar. A una calma que me había costado demasiado encontrar. Mi madre sonrió, mi hermano hizo una mueca exagerada como si fuera a vomitar y mi abuela se abanicó con fuerza, murmurando algo que no llegué muy bien a escuchar.

Nos separamos entre risas. Paula me agarró de la cintura y me apoyé en ella, cerrando los ojos por un segundo. Pensé en todo lo que había pasado. En las noches de insomnio, las dudas, el miedo, los errores que me habían dejado cicatrices. Pero también en la fuerza y la seguridad que había encontrado en mí, en la claridad que había aparecido cuando más la necesitaba, y sobretodo… en ella.

Porque sí, después de tanto lío, todo había valido la pena. La vida seguía. Con amor, con risas, con un poquito de caos. Y supe que sí, que ahora estaba lista para vivirla.

FIN